

DISTOPÍA

Feminista

¡El futuro será feminista o no será!

VOL. 2

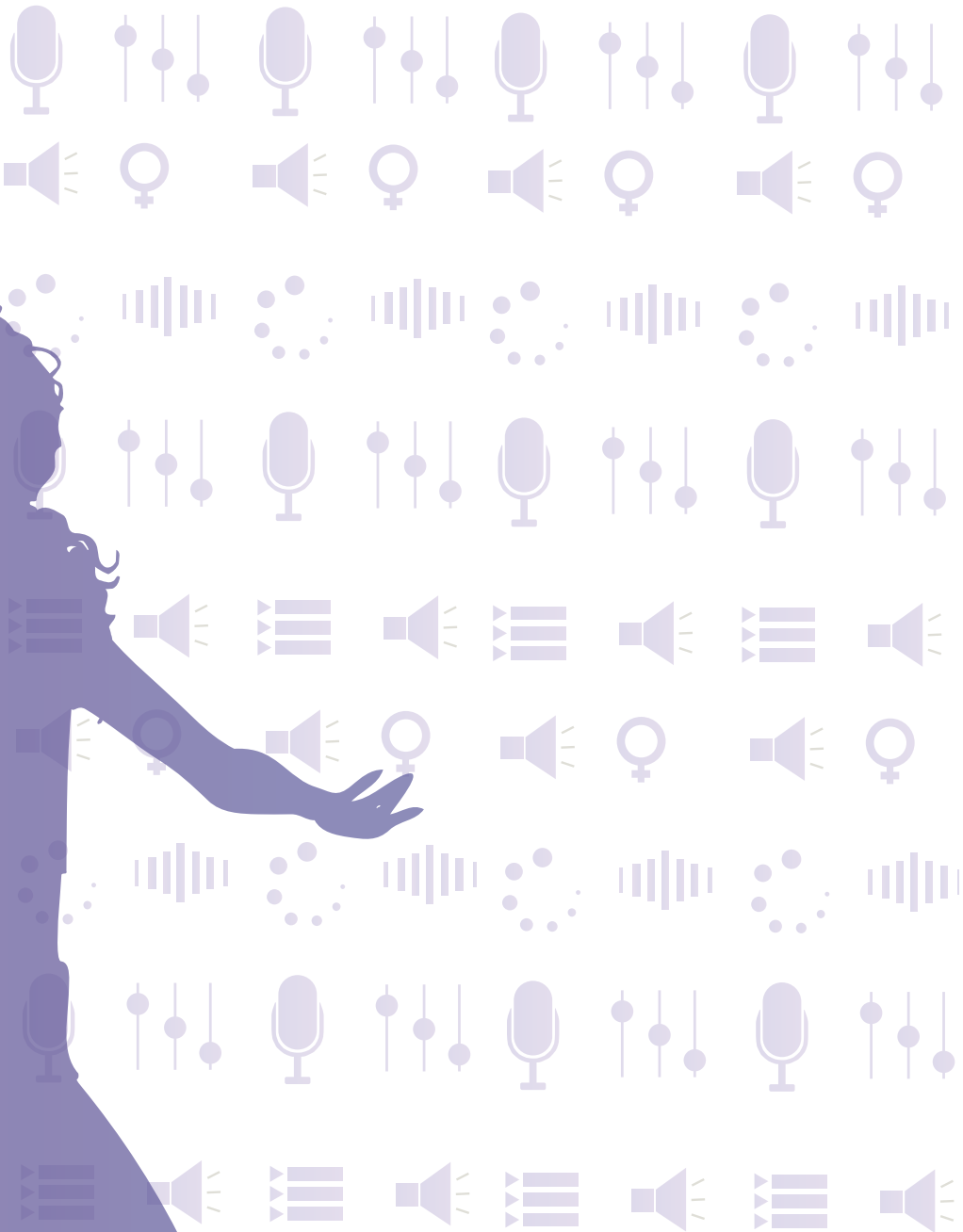






Imagen _ Emilia Hera



ÍNDICE

- 8 Historia de una convaliente en la que germina la Mujer Maravilla
- 30 Expansión-es: más allá de las paredes
- 48 Las hijas de Venus Matrix
- 64 La sustancia 8M
- 72 Insensibles



Distopías feministas
Antología conformada como producto del taller de
escritura creativa del mismo nombre (abril-junio 2020)

Foto_ Emilia Hera



Historia de una
convaleciente en
la que germina la
Mujer Maravilla



Escritora_

Amalia Jiménez
Galán



Ilustradora_

Emilia Hera



Comunicadora social, nacida físicamente en territorio vertón, España y, espiritualmente, en las tierras mayas del Iximulew (lo que ahora se conoce como Guatemala), donde vive desde hace más de 20 años.

Es integrante del Seminario de Literatura Feminista de Guatemala desde 2009. Sus poemas y relatos han sido antologados tanto en España, Guatemala y Honduras.

Ha publicado ensayo y ha sido responsable de ediciones finales de publicaciones colectivas.

Compagina el activismo por los derechos de los pueblos indígenas con su labor periodística, comunicativa y con la escritura de poesía y cuentos, la práctica del Tai Chi Chuan, el cuidado de los animales y plantas, el tránsito por caminos con desafíos y la observación de los universos internos y externos, siempre en transformación.

Dedica buena parte de su existencia a contar el tiempo, a compartir sanación y enseñanzas con mujeres. Valora, admira y trata de poner en práctica los paradigmas del Buen Vivir de los pueblos originarios de Abya-Yala.

Como tantas otras hijas e hijos de la niebla, cree en un Mundo donde Caben Otros Mundos. También espera que no sea tarde para amanecer a un mundo donde los animales humanos volvamos a recordar quiénes somos realmente y cumplamos con nuestra responsabilidad de ser guardianes de la vida toda.

En definitiva, vive sueños cada noche y vive sin parar cada día.

Mis padres me nombraron Ana Emilia Hernández Ranchero, yo prefiero Emilia; salí después de un intenso día de baile y jolgorio en la colonia Merced de la Ciudad de México, soy antropóloga de formación, bailarina por convicción, artesana por accidente y fotógrafa curiosa.

He desarrollado talleres de exploración de las corporalidades, integrando danza, escritura, fotografía y oralidad en círculos de mujeres.

Desde pequeña disfrutaba escribir, sin embargo, dejé de hacerlo hace siete años, supongo que al ir creciendo los fantasmas se han ido amontonando en las vivencias de mi corporalidad.

Algunas de estas criaturas que me habitan son dulzonas, jacarandosas y alegres como un baile de salsa, son cumbiamba, otros son tremendamente pesados, ácidos y dolientes como un grito, como el Butoh y Pina Bausch.

Creo que ya pasaron suficientes años de silencio, así que aquí estoy, una vez más, empezando a imaginar otras Tierras posibles.

Pak'in Tinamit (Santiago Sacatepéquez), Woo E, 5 de mayo de 2020

La tarde luminosa, afuera, habla de todo lo que pudo ser. En este instante, siento células de órganos clave de mi cuerpo desintegrándose en medio de mucosidades ásperas y asfixiantes. Trato de respirar el malestar. Tomo aire purificador lleno de energía con cada inspiración y exhalo profunda y lentamente hasta que el dolor disminuye. Por momentos, pareciera que la molestia y el dolor se difuminan. Como en este instante, en el que alcanzan mis ojos a vislumbrar por la ventana la carga de promesas de vida que porta cada rayo de luz.

Todo me parece tan irreal...

No es posible que las malas formas de vida humana hayan ocasionado mutaciones en virus hasta culminar en la propagación de esta enfermedad, agravada por el deterioro sin medida de los elementos dadores de vida. Uno a uno, la plaga va asolando los cuerpos humanos por todo el mundo. Quién me iba a decir que me iba a tocar a mí...

La cuarentena decretada por los gobiernos se extiende por meses. La mayoría de personas permanece encerrada en casa. Es una situación difícil e inédita, pero la Madre Tierra, liberada del movimiento destructor promovido por el patriarcado durante milenios, parece respirar un poco, por fin...

Sé que estoy desorientada, mareada, confusa, exhausta y doliente en este lecho incómodo; exhausta, en esta



camilla improvisada por el hospital para atender a las miles de víctimas; doliente, en esta cama simple que, por el amor de dios y de todas las diosas, espero no sea mi lecho mortuorio. Los días de sufrimiento y agonía han mermado mis capacidades sensoriales y mentales. Lo sé, con tanta certeza como siento la clara lucidez que cada rayo de luz, afuera, porta consigo...

En los momentos en los que logro que mi conciencia emerja y se ponga por encima de la capa de dolor y confusión que invade y rodea todo mi cuerpo, observo una gota de luz que me habla de lo que podría haber cambiado si en lugar de haber diez mil personas manifestándose contra el cambio climático y los recortes sanitarios hace cinco años en las plazas, se hubieran movilizado un millón...

Los destellos en la gota de agua de lluvia sobre las hojas de las plantas en la ventana me recuerdan a las miles de conciencias despertando en el mundo en este instante. ¿Cuántas personas, confinadas en sus hogares, estarán teniendo oportunidad de reflexionar y darse cuenta de que sus vidas en las grandes-ciudades-consumidoras tienen unos costos y un peso demasiado grandes para nuestra Madre Tierra?

El verde reverberante de los seres de la nación verde, humedecidos por la lluvia, me trasladan a las selvas del mundo, asediadas por la vorágine extractivista. Menos mal que he logrado tomar la tintura de hierbas medicinales con la complicidad de la enfermera. El frasquito se vino en mi bolso, a escondidas. Es una medicina de hierbas que me recomendó mi amiga Apolonia, de las comunidades indí-



genas al sur del país, y me ha estado haciendo mucho bien. ¿Por qué cuesta tanto que el sistema sanitario sea legislado para convivir con las medicinas ancestrales milenarias? A pesar de que, por ratos, todavía dejo de saber quién soy yo, me siento mucho mejor desde que empecé a tomar mi remedio de hierbas y la enfermera me aplica acupresión en puntos clave de mi cuerpo. Me contó que ella estuvo estudiando Medicina Tradicional China después de cursar medicina por el sistema alopático convencional y trata de aplicar lo poco que puede, lo poco que la dejan, para aliviar a los pacientes, cuando nadie la ve...

¿Por qué tiene que ayudarnos así, cuando nadie la ve?

¿Por qué esa soberbia del patriarcado médico occidental que cree que SU ciencia está por encima de otras ciencias medicinales ancestrales milenarias?

Cuando abrieron la ventana para ventilar la habitación, el soplo de aire fresco me hizo recordar que soy un ser diminuto sobre la superficie de la esfera estelar que es el planeta Tierra y que ese viento está producido por la forma en la que este cuerpo celeste se desplaza girando sobre sí mismo y alrededor de la bola de fuego incandescente que es el Sol. Cuando respiro, siento que el aliento de la coreografía del universo me insufla toda la vitalidad de los polvos de estrellas.

Si la Vida en el universo contiene esta potencia creadora y movilizadora tan poderosa, ¿cómo es posible que me haya pasado los últimos 5 años sometida a una rutina de

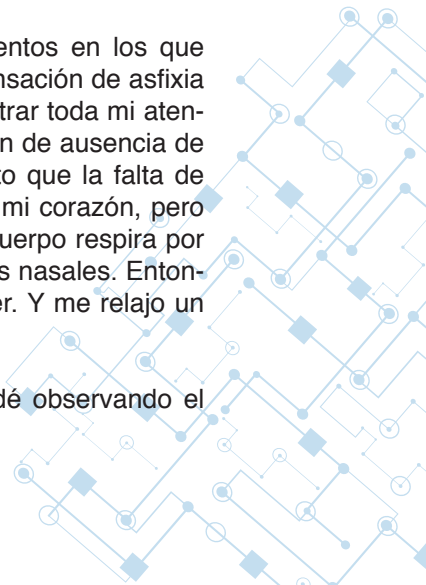
trabajo-casa-trabajo que tan poco me hace feliz? ¿A qué le tengo miedo? ¿Por qué no me atrevo a vender lo poco que tengo para conseguir el dinero con el que irme a vivir al campo? ¿Qué hace que siga encadenada a las mecánicas del cemento de la gran ciudad?

Es verdad que trato de garantizar mi jubilación en la vejez y el acceso a esta atención sanitaria que recibo ahora, pero ¿realmente es necesario pagar un precio tan alto por vivir autónomamente?

Está comenzando el dolor de cabeza... No tengo energía suficiente para responder mis propias preguntas, pero mi conciencia sabe que, al menos, ya me las hice... Y lo único que sé es que es necesario un cambio sistémico. Precisamos una transformación radical y de fondo. Me es imprescindible un cambio sustancial. De raíz.

Tres días después, sigo teniendo momentos en los que creo que voy a morir. Los dolores y la sensación de asfixia son tan intensos, que solo puedo concentrar toda mi atención en respirar ese dolor y esa sensación de ausencia de oxígeno. A veces, pierdo la calma. Siento que la falta de aire puede hacer colapsar los latidos de mi corazón, pero permanentemente me recuerdo que mi cuerpo respira por cada poro de la piel. No solo por las fosas nasales. Entonces, confío en todas las células de mi ser. Y me relajo un poco.

Hoy hubo un momento en que me quedé observando el



juego de los rayos de luz dentro de mi vaso de agua y recordé que, durante los primeros días de la pandemia, yo protestaba contra las empresas que contaminaban los aires, pero seguía amarrada a la vida en las grandes urbes que provocan ese tipo de contaminaciones.

Me trajeron una sopa, para comer, con pedacitos de pollo. Ver los trozos de cadáveres flotando en mi sopa me hace recordar el infierno que sufren las aves que consideramos alimento. Me quedé pensando en todos los intentos que había hecho para dejar de ingerir carne de animales no humanos. En general, la dieta que me han prescrito está basada en vegetales en un 80% porque son mucho más saludables y útiles para revertir esta (y tantas otras) enfermedades. ¿Por qué no nos educan desde niños para ser respetuosos y agradecidos con todas las formas de vida? ¿Por qué no nos hacen crecer en el buen ejemplo de no ingerir carnes animales y de demostrarnos que podemos tener la vida más saludable posible alimentándonos de frutas, verduras y semillas? ¿Por qué nos cuesta tanto terminar con el holocausto animal? ¿De qué tamaño son nuestros apegos por la alimentación equivocada y de qué forma podemos lograr dejarla atrás?

¿Y si me fuera a vivir a una ecoaldea para alimentarme de lo que yo lograra sembrar y cultivar, con luz solar y pozo de agua potabilizada con ecofiltro?

Me estoy grabando la voz de la que surgen estas reflexiones y preguntas porque todavía no puedo escribir. Cuando salga de todo esto, lo haré. Creo que aferrarme a los momentos de extrema lucidez es lo único que me ayudará a

ponerlo en práctica para que no se quede solo en una idea. En general, siento que mi mente es como una nebulosa donde los pensamientos surgen y desaparecen sin forma definida, pero hay instantes en los que todo mi ser me dice que, dentro de la situación creada en mi cuerpo, ahora habita el presente como nunca lo había hecho antes; que esto que me habla es mi conciencia más clara.

Necesito materializar la mejor versión de mi vida.

No voy a permitir que la muerte me arrebatte el futuro.

Quedan muchos sueños individuales y colectivos por cumplir.

Desde su casa, alguien desconocido me hizo hoy un regalo gozoso, sin imaginarlo. Una música africana del Sahel sonaba llena de una ternura infinita. Una voz masculina de timbre cálido me trae el desierto del Sahara y su silencio de brisas hasta el corazón que se abre.

Pienso en los primeros seres humanos, en los primeros antepasados de mi linaje de ADN. Sé que venían de Nigeria y de las costas del noroeste africano. Mamá África, en el origen de todo. Gracias. Infinitas gracias por eso que, sea lo que sea, pulsa dentro de mí y me conecta con el continente más hermosamente negro de todos.

Soy una mestiza morena y ahora veo mi piel de rostro pá-



lido, casi azul, por la falta de oxígeno y la falta de drenaje adecuado de los líquidos de mi cuerpo. Es un hecho: siento la debilidad genética acumulada en este cuerpo durante siglos de vida casera y sedentaria de mis últimos antepasados blancos, probablemente desconectados del Corazón de la Naturaleza. Menos mal que no solo soy eso. Sé de mi tatarabuela, que venía del Norte de África, y de mi otra bisabuela, de las naciones mayas del Yucatán. Ignoro los detalles porque no se hablaba de ellas en casa, solo de amores clandestinos y de hijos nacidos fuera de la afiliación matrimonial. La vergüenza de la familia por esos amores prohibidos hizo que mi madre me hablara de ellas a lo lejos, en un susurro sacado en un momento de debilidad. Solo sé que de allí venían, pero nada más. De mis abuelos y abuelas blanquitos sí se cuentan las historias, las anécdotas, pero de ellas no. De mis tatarabuelas, solo el silencio envuelto en una capa de vergüenza.

Cómo pesa el manto con el que se quiere hacer desaparecer los encuentros de amor en cuerpos racializados y de distintas naciones. ¿Por qué se oculta el origen moreno de generación en generación, en lugar de sentirse una orgullosa?

Probablemente por el peso del patriarcado de esa hegemonía blanca, construida a partir de la invisibilización, el dominio y la propiedad sobre cuerpos feminizados y racializados. Solo pensar en que alguna porción de esa sangre sumisa o sometida a los mandatos patriarcales colonizadores pueda correr por mis venas hace que me sienta repugnante y que las punzadas de dolor en mis entrañas crezcan con calambres repentinos, como si el virus lo supiera y se considerara

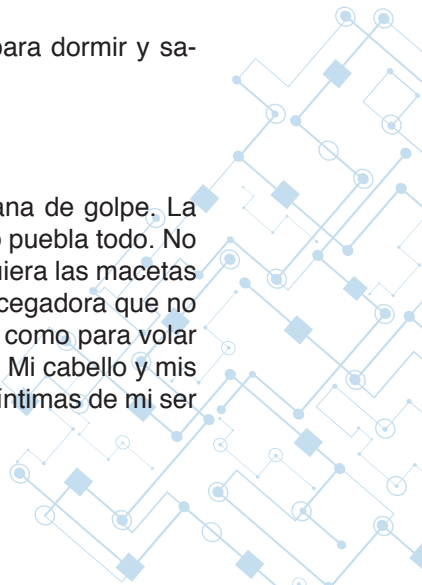
con mayor derecho a maltratarme ante mi falta de capacidad para aceptar el pasado lejano desde una conciencia aún más constructiva. ¿Qué más pasos puedo dar hacia adelante para lograr transmutar por completo esa herencia dentro de mí? Siento que esta puede ser una pregunta que me persiga por siempre y actúe como un motor para ayudarme a ser la mejor versión posible de mí misma.

Por eso tengo que conectarme con la sangre de mis abuelas morenas, de mis antepasadas del Sur Epistemológico, para sentir que merezco sanar, que dentro de mí late una corriente sanguínea de mujeres sobrevivientes, capaces de recorrer largas distancias, indómitas, habilitadas por sí mismas para vivir los amores libres que, de sus deseos más íntimos, surgieron. A esa fuerza ancestral recurro y con esa resiliencia milenaria me conecto para invocar toda la Medicina de la Madre Tierra con la que pueda sanar...

Sanar...Sanar...

En este instante, voy a cerrar mis ojos para dormir y sanar...

Un viento frío y muy fuerte abre la ventana de golpe. La habitación es inundada por una luz que lo puebla todo. No puedo ver el horizonte de edificios, ni siquiera las macetas o las copas de los árboles. Solo esta luz cegadora que no quema, pero que me hace sentir tan leve como para volar a caballo de este viento que todo lo agita. Mi cabello y mis ropas danzan con él. Las moléculas más íntimas de mi ser



se conectan con el aire hasta ser uno. Soy el viento que me agita y me eleva.

Asciendo a través de la ventana.

No sé cuándo alguien instaló un ascensor al otro lado de la ventana, pero la cuestión es que ya estoy adentro. Subo. No sé cuántos pisos, pero muchos pisos.

Al llegar arriba del todo, el ascensor se detiene. Las puertas se abren. Un ser de piel plateada y ojos violetas me sonríe dándome la bienvenida. No habla. Se comunica conmigo de forma telepática. Instantáneamente, me siento en confianza. De su ser emana un resplandor lumínico que le hace bien a mi corazón. Me proporciona paz. Paz profunda. Me siento revitalizada al instante.

Como no puedo evitar salir de mi asombro, pregunto dónde estamos y quién es él, o ella, pues lo percibo como alguien que tiene integrada una diversidad de energías sexuales en su interior, más allá del binarismo cultural que predomina en la Tierra.

Estamos en Alpha Centauri. Ella/él no es un ser de este planeta. Cuando miro a lo profundo de sus ojos, veo el puñado de estrellas y sé que proviene de Las Pléyades. Me siento en paz y vibro en plenitud a su lado.

—Te observo desde siempre y ya era tiempo de invitarte a esta, tu casa también. Tenemos orígenes comunes, somos de la misma familia cósmica, seres que viajan de unos universos a otros y se comunican telepáticamente entre sí.

—Gracias —es lo poco que yo alcanzo a responder.

No le hablo así por miedo ni por timidez. Simplemente, la luz que existe en este espacio-tiempo, compartido entre los dos, contiene todas las respuestas, todo el alimento, todo lo necesario para ser y estar en paz profunda. No se precisa de nada más.

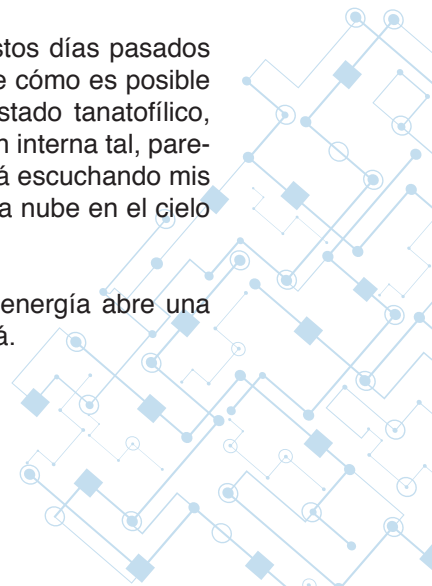
Desde la estructura elevada donde se encuentra anclado el elevador, alcanzo a ver las comunidades de seres de Alpha Centauri, la diferente Naturaleza engendrada por la vida en este planeta... Me agrada su armonía y el bienestar pacífico que irradia desde cada átomo.

Estoy consciente de que toda esta experiencia me está transmutando, en el nivel molecular de la materia y en la vibración de la energía más sutil. Me entrego a la vivencia, llena de agradecimiento por todo lo que está terminando con mi sufrimiento y dolor.

Cuando recuerdo la agonía de todos estos días pasados y todas mis cavilaciones preguntándome cómo es posible que el patriarcado terminara en este estado tanatofílico, de destrucción de la vida, de enajenación interna tal, parece que mi amigo de Alpha Centauri está escuchando mis pensamientos y me invita a observar una nube en el cielo con todo detenimiento.

En el centro de la nube, un vórtice de energía abre una ventana a una realidad que está más allá.

—Ven conmigo.



Sus irresistibles ojos violeta hacen que sea un gesto totalmente natural en mí el lanzarme al vacío a través del espacio. La conexión de mis células con el viento me habilita para sobrevolar el espacio con fluidez, de modo que es tan fácil dejarse llevar...

A medida que nos acercamos a la nube, la ventana se va desplegando y haciéndose cada vez más grande. Está viva. Y lo que muestra, también. En el centro, veo un gran hoyo excavado en la tierra. Una mujer con sombrero escarba entre la tierra y cepilla con mucho cuidado un objeto que acaba de encontrar. telepáticamente, mi guía me explica que se trata de Marija Gimbutas, la arqueóloga y antropóloga que se dedicó a documentar la existencia de sociedades matrísticas en Europa entre el Paleolítico y el Neolítico. Yo sé de esto. Mis amigas María Antonieta y Yolanda me contaron hace tiempo de las investigaciones de ella y de Riane Eisler, historiadora cultural, científica de sistemas, abogada y escritora. Las dos investigaron y escribieron sobre las sociedades matrísticas. Entonces, claro, ahora estoy muy, muy emocionada. Quería saber con más detalle cómo vivían estas sociedades en las que la autoridad colectiva era depositada en mujeres, pero es poco lo que se ha logrado reconstruir de este tiempo. En el mundo hay evidencia de sociedades matrísticas o matrifocales desde hace 35,000 hasta 3,000 años. Encontrarse, de repente, frente a mujeres de las que más han investigado sobre ello es un regalo divino.

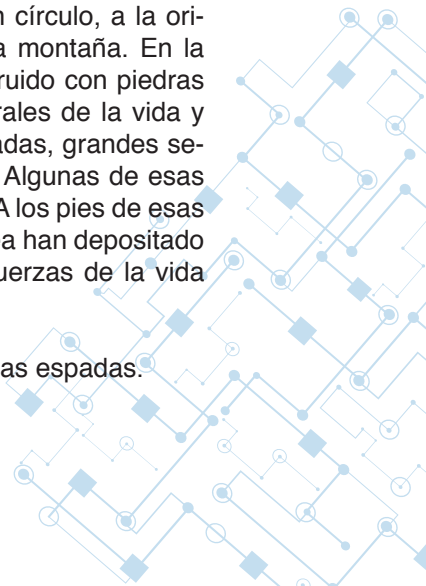
No puedo evitar mirar con agradecimiento y admiración a mi guía, a este ser de piel con destellos plateados y ojos violetas. Él/ella me hace un gesto para que observe en di-

rección a la línea del horizonte frente a nosotros. Sentada en el prado, un poco más allá, se encuentra Riane Eisler, investigadora de las sociedades matrísticas de Creta y de otras civilizaciones europeas. Está redactando su gran libro *El caliz y la espada*, en el que explica cómo eran las sociedades matrísticas y cómo fueron asoladas por las primeras hordas de tribus patriarcales kurgas y hebreas.

Cuando la observo, me impregno inmediatamente de la luz que emana su ser y de la que la rodea, del campo de luz de este espacio-tiempo en el que todas nos hemos encontrado. La fuerza de la empatía que siento por todo lo que estamos viviendo es tan grande que, de repente, es como si mis sentidos se pudieran conectar a la luz del campo mórfico y empiezo a vivir y presenciar toda la secuencia de hechos:

Ahora, me encuentro en una comunidad de casitas de adobe con techo de paja, dispuestas en círculo, a la orilla de un manantial y a los pies de una montaña. En la comunidad, hay un lugar sagrado construido con piedras que tienen grabadas imágenes de espirales de la vida y figuras de mujeres con formas redondeadas, grandes senos, grandes vientres, grandes piernas. Algunas de esas figuras femeninas sostienen serpientes. A los pies de esas figuras, las mujeres y hombres de la aldea han depositado ofrendas de agradecimiento hacia las fuerzas de la vida que los sostienen.

No hay armas en esa aldea. No existen las espadas.



Las personas se alimentan, sobre todo, de frutas, verduras y nueces.

Se reúnen en círculo para celebrar la vida.

También para compartir su palabra y analizar entre todes cómo seguir cuidando de la vida.

Siento con toda claridad que, en esta sociedad, la desarmonía ocasiona malestar. A las y los antepasados les costó mucho llegar a construir las casas y disponer de las herramientas y del conocimiento de las plantas con las que cuidar la salud y evitar la enfermedad. Aun así, la mortalidad es elevada y temprana. Por eso, precisamente, se considera un desperdicio dedicar energía a provocar conflictos innecesarios. Está muy mal visto. Así, por ejemplo, no prestar una olla puede generar desarmonía, pero no desencadena una guerra.

Las mujeres que gobiernan esta aldea tienen todo el respaldo y la protección de los hombres. Ellos se concentran mucho en proteger y cuidar las vidas de las mujeres, de la infancia y de las personas mayores de la comunidad. Su espíritu busca la manera de servir a este fin protector de la vida y se enfoca en el servicio hacia las políticas de cuidado de la vida que ejercen las mujeres. Desde que son niñas y niños, aprenden cómo conservar y cuidar la vida. La colaboración ocurre en el amor y la aceptación de la legitimidad del otro. A veces, se viven situaciones difíciles y tensas que ponen a las personas entre la vida y la muerte. Pero son provocadas por la vulnerabilidad de la joven especie en un entorno natural tan vasto y diverso. Aun así, se siente que las personas que viven en la comunidad trabajan diaria-

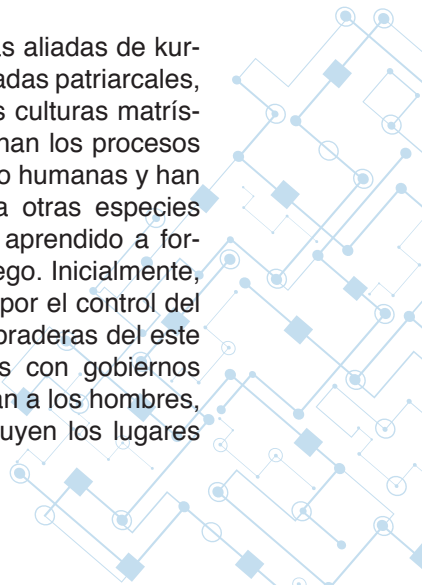
mente para sostener la confianza en que las fuerzas de la vida evolucionan a favor suyo y del resto de las especies porque viven en equilibrio con su entorno.

La paz y la armonía que se respiran en esta comunidad son tan nutricias, que enseguida siento ganas de quedarme a vivir aquí por siempre. Todo mi ser resuena con lo que aquí se manifiesta.

En el mismo instante en el que tomo conciencia de mi pertenencia a este espacio-tiempo, un ruido atronador lejano, que cada vez se acerca más, rompe mi concentración.

Miro con interrogación y preocupación a mi acompañante, quien se acerca a mí para dejar que su aura envuelva la mía como una forma de protegerme mejor. Nos hacemos pequeñitos, de manera que quedamos protegidos detrás de un gran dolmen, con suficiente visión para presenciar una serie de acontecimientos terroríficos.

Del este, vienen a caballo grandes hordas aliadas de kurgos y hebreos, primeras sociedades nómadas patriarcales, que se dedican a someter a las pacíficas culturas matrísticas. Ellos han descubierto cómo funcionan los procesos reproductivos de las hembras animales no humanas y han comenzado a domesticar y esclavizar a otras especies para alimentarse de ellas. También han aprendido a forjar espadas con el metal fundido en el fuego. Inicialmente, los líderes patriarcales pelearon entre sí por el control del territorio. Ahora, se dedican a asolar las praderas del este europeo sometiendo a las comunidades con gobiernos matrísticos. Entran en las aldeas, asesinan a los hombres, violan y secuestran a las mujeres, destruyen los lugares



sagrados levantados para agradecer a las fuerzas de la vida.

Observo con horror cómo violentan a sus semejantes. El destello de la luz del atardecer en la hoja de una de sus espadas hace catapultar un montón de recuerdos dentro de mí. Como si un ser invisible se hubiera dado a la tarea de ordenarlos cronológicamente, ahí están:

-El día que un viejo se masturbó en la butaca de al lado, en el cine, mientras veíamos una película infantil.

-La noche que regresaba sola a casa, después de haber estado haciendo tareas con mis compañeras, y un grupo de jóvenes desconocidos y mayores que yo me acosó y me amenazó porque quería mantener relaciones sexuales conmigo sin más preámbulo.

-La tarde de verano de calor atorrante en la que, al doblar la esquina de un callejón solitario, me topé con una escena de violación terrorífica, que terminó cuando yo grité con todas mis fuerzas y, de las ventanas, empezaron a aparecer personas cuya presencia ahuyentó al violador.

-El baile de fin de curso, en el que dos chicos querían bailar conmigo al mismo tiempo. Yo no quería bailar con ninguno, solo conmigo misma, pero ellos, en un instante, comenzaron a pelearse hasta sacarse sangre de la nariz. Me agriaron esa noche y muchas otras noches en las que ya me dio miedo salir a bailar sola.

-Los telediarios que repetían noticias de guerras un día sí y otro también.

-Las pandillas de distribuidores de drogas en mi barrio, que peleaban entre sí y nos acosaban a mí y a mis amigas cuando caminábamos por los parques.

-El profesor de universidad que intentó negociar una buena nota conmigo, a cambio de favores sexuales.

-Los jefes que saltaron por encima de sus escritorios a la velocidad de la luz, e inverosímilmente teniendo en cuenta el tamaño de sus barrigas, para caer sobre mí toqueteándome, sin que yo hubiera dado nunca muestras de ningún tipo de interés hacia ellos...

-Las reuniones de trabajo en las que yo soy la única mujer y esto se traduce en que, automáticamente, ellos toman las decisiones mirándose con complicidad entre sí mientras a mí me ignoran por completo.

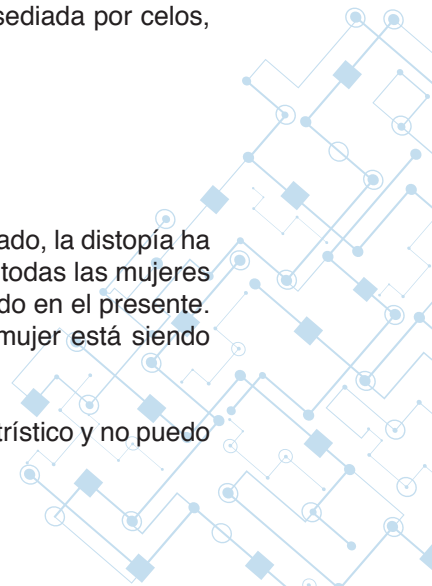
-El novio con el que conviví dos años asediada por celos, posesión y maltrato constante.

La lista podría ser inmensa.

De hecho, no tiene fin.

Desde este primordial origen del patriarcado, la distopía ha continuado sin parar. Nos ha afectado a todas las mujeres a lo largo de la historia y lo sigue haciendo en el presente. Ahora mismo, cada 18 segundos, una mujer está siendo maltratada en algún lugar del mundo.

Veo a los kurgos asolar este poblado matrístico y no puedo



evitar relacionar estos hechos con tantas otras escenas de guerra, de destrucción, de holocaustos y feminicidios continuados a lo largo de miles de años. ¿Cuántos hombres actualmente portan el “gen kurgo” y el proceso “civilizatorio” machista que los hace sentirse superiores a las mujeres, a la niñez, a la ancianidad, a los hombres y mujeres de otras culturas? ¿Cuántos hombres se siguen considerando a sí mismos con el derecho de apropiarse de los cuerpos y las vidas de las mujeres a las que menosprecian al mismo tiempo que penetran sus cuerpos? ¿Desde cuándo la energía sexual de los hombres había quedado amarrada a pulsiones de muerte, en lugar de a pulsiones de vida? ¿Qué necesitarán ellos para revertir la carga histórica del “gen kurgo”? Y mientras ellos encuentran la manera, ¿de qué forma podemos mantenernos las mujeres a salvo de ellos y de la parte de nosotras mismas que nos ha hecho codependientes de este tipo de afectividad brutalizada? Trato de conectarme más profundamente con la luz del lugar, como si allí estuvieran las respuestas a mis preguntas, pero el terror no me deja.

A pesar de la protección de mi guía, mi corazón late tan fuerte y con tanto miedo y angustia por todo lo que estoy presenciando, que mi acompañante comienza a alzarme en el aire para salir de allí. Cuanto más ascendemos por los aires, más logro observar el tamaño de lo que está aconteciendo en tantas comunidades y aldeas por toda Europa al mismo tiempo. Un fuego de destrucción y un olor a sangre derramada lo cubre todo. La demolición de los templos y lugares sagrados de Creta es lo último que alcanzo a ver. Miles de años de sabiduría cultivada a través de la convivencia con otras especies, gracias a la orientación y el gobierno de las mujeres, acaban de ser pulverizados.

Lo primero de lo que tengo conciencia cuando abro los ojos es que, no importa lo que haya sucedido durante el descanso, la energía recibida e intercambiada durante el sueño permanece en mí, me ha nutrido y transformado. Me ha bendecido inmensamente.

Quisiera que mi guía pleyadiano de Alpha Centauri estuviera aquí conmigo ahora mismo. Pero sé que estoy en la habitación del hospital, aunque ya no me siento sola ni desolada. Sé que tengo una conexión con un ser que me cuida, que sabe lo que sucede en mis universos internos y me ayuda a encontrar las respuestas que más necesito.

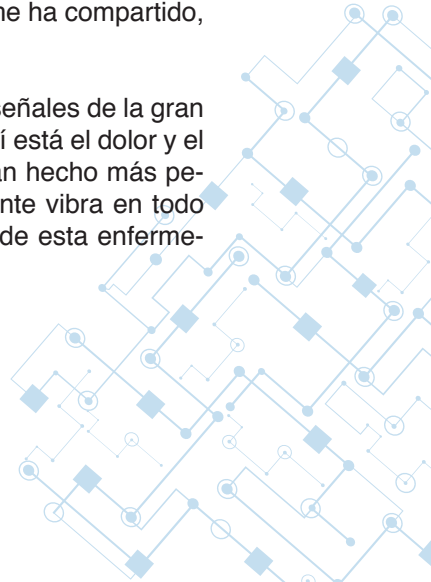
Eso me reconforta.

Como sé que estamos comunicados y que me siente siempre y en cualquier momento, le agradezco infinitamente por todo lo que me ha mostrado, lo que me ha compartido, lo que me ha sanado.

De hecho, en mi cuerpo sigue habiendo señales de la gran lucha entre la vida y la muerte. Sé que ahí está el dolor y el agotamiento, pero es como si se hubieran hecho más pequeños y lejanos. Una energía revitalizante vibra en todo mi ser. Me siento con fuerzas para salir de esta enfermedad.

Y sé que lo haré.

Saldré de esta experiencia.



Y con la fuerza y la determinación que antes no tenía, ahora podré poner rumbo a ese sueño que desde hace años me viene avisando de su presencia dentro de mí.

Sobreviviré y lo primero que haré será buscar a otras mujeres que sientan esta necesidad imperiosa de vivir en el campo, en conexión con todas las fuerzas de la vida y de la Naturaleza. Fundaremos una ecoaldea capaz de vivir de una manera neomatrística. Nunca seremos perfectas porque no lo pretenderemos ser. Enfrentaremos dificultades, tanto en nuestros mundos internos como externos. No será fácil aprender a cultivar siendo tan grande ya... Puede que perdamos cosechas, que el intercambio no sea suficiente para vivir, que haya malos entendidos entre nosotras, que nos cansemos o frustremos cuando no nos salgan las cosas bien, cuando los patrones internalizados de racismo, clasismo, colonialismo y machismo se manifiesten en nuestras relaciones. Sí, puede que vivamos más de un infierno, pero todo mi ser me dice que merece la pena atreverse a poner en práctica la tarea. Con sencillez, con humildad. Sin esperar grandes cosas. Dispuestas a vivir desde el corazón y a aprender de cada experiencia dolorosa en el marco de los vínculos de vida. Preparadas para revisarnos por dentro, para pedir disculpas, para perdonar, para aceptar equívocos e imperfecciones, para darnos el permiso de trabajar juntas por aproximaciones sucesivas.

Primero, trabajaremos entre nosotras, mujeres heterosexuales, trans, lesbianas. Nosotras juntas y con el resto de las especies con las que compartimos la vida en la Madre Tierra.

Después, se verá lo demás...

EXPANSIÓN-ES

Más allá de las paredes



Escritora_
Eliana Carolina
Carrillo “Magia”



Ilustradora_
Pilar Emitxin



Feminista, antropóloga y bailarina. Vivo en Bogotá, Colombia y estudié en la Universidad Javeriana.

Hago parte del colectivo feminista Degénero donde junto a mis compañeras buscamos (de)construir y (de)generar nuestra realidad desde los feminismos. En mi paso por la universidad hice parte del semillero de danza contemporánea y luego del grupo institucional la Dinamita Sonora, donde bailo actualmente.

La danza llegó a mi vida a conectarme conmigo misma, mi propio cuerpo y el de otrxs. Me interesa el cuerpo como un lugar político, como el primer territorio que habitamos, desde donde sentimos y resistimos.

Durante este periodo de cuarentena con La Dinamita Sonora hemos *insistido en estar juntxs*, es desde allí, desde nuestros cuerpos y desde el movimiento donde nace “Expansión-es: más allá de las paredes”.

De igual forma, este es una construcción conjunta con todas mis compañeras del taller de Distopías feministas, a quienes agradezco mucho compartir este espacio y en especial a Lila por invitarnos a crear juntas, construir múltiples futuros y volver sobre los sueños de la escritura.

Ilustradora y productora gráfica de Córdoba (argentina). Realizo gráficas feministas y de lucha, además de tareas de diseño y comunicación para los espacios colectivos que conforman nuestro movimiento, como la Asamblea Ni Una Menos Córdoba, feministas cannábicas, colectivos internacionalistas de solidaridad, medios feministas independientes, etc. Son imágenes que recorren las sensibilidades que me atraviesan como parte de un gran colectivo que lucha por un feminismo de clase, de color, internacionalista, que respete y ponga en el centro los procesos disidentes colectivos, en defensa de todas las formas de vida, políticos, comunitarios, sexuales, identitarios, antirracistas, etc. Cada imagen trae adentro horas de trabajo, de reflexión, de dolores, de caminos transitados por esta cuerpo que trabaja y lucha en el seno de un mundo en convulsiones. También quiero contarles que produzco de manera autogestiva, e intento vivir de esas gráficas, a través de intercambios justos, en piezas accesibles para que todas y todes puedan tenerlas. Calcos, láminas, etc. Me considero trabajadora gráfica, en el marco de una generación donde la precariedad estructural es el signo marcante de nuestra experiencia vital. Elegimos hacer nuestra producción tejiendo alianzas y redes de cuidados colectivos que pongan de manifiesto la fragilidad que el capitalismo y el patriarcado nos propone como forma de supervivencia, pero también que muestre otras formas de habitar y re-existir en este mundo. Talleres gráficos comunitarios, murales, pegatinas colectivas, intervenciones en movilizaciones, espacios de feria en marchas, redes de trabajo autogestivas son los espacios donde mis ilustraciones florecen y se potencian.

La vida continúa en **mo-vi-mi-en-to**

15 de septiembre de 2047

Es sábado por la mañana. Cuando me desperté, sentí muchísima sed... quería seguir durmiendo y me di la vuelta para evitar un rayo de luz que se colaba por la ventana. Luego de intentarlo varios minutos, desistí, aunque los ojos me pesaran de sueño. Me levanté con algo de resaca de un vino que bebí ayer por la noche. Esta realidad ya no se me hace vivible en un estado normal. Llevo encerrada 18 meses y 22 días, la misma cantidad de tiempo en la que no he visto a nadie que no sea quien asignaron para traerme el abastecimiento necesario para vivir. Ahora, esta es mi vida, que no siento como mía ni tampoco como vida.

18 de septiembre de 2047

Anoche tuve un sueño raro; me despertaba en un campo abierto y veía a mis amigas, podía abrazarlas a todas y sentarnos a tomar pola y platicar sobre cómo iban nuestros estudios, nuestras familias... El sol era cálido y quemaba mis mejillas. De repente, todo se tornaba gris y aparecían unos tipos vestidos de paño negro que nos perseguían y nos encerraban en jaulas. Qué ironía... como si no supiera de dónde viene ese sueño. Es justo lo que nos hicieron: nos encerraron como animales, nos aislaron y nos destinaron a un confinamiento para siempre. Escribo porque es lo único que me saca de este lugar, de estas paredes que cada día me son más difíciles de habitar.

22 de septiembre de 2047

Hoy no puedo con el dolor que se apropia de mi cabeza. Me pregunto los motivos y sospecho que es la falta de sol y el exceso de pantallas. Son las 2 de la mañana, cada día es más difícil conciliar el sueño, el insomnio es ahora la constante en mi vida, junto con el encierro y la desdicha.

Es el año 2047, una serie de golpes de Estado han conllevado a la toma del poder por parte de una red de activistas, organizaciones conservadoras y grupos religiosos extremos. Este movimiento ha instaurado un nuevo modelo de sociedad basado en el confinamiento extremo, la hipervigilancia, el control total de la vida cotidiana, la producción de cuerpos aislados y la militarización con el fin de mantener el nuevo orden impuesto.

Esta élite conservadora veía como una gran amenaza las articulaciones y movilizaciones que se venían construyendo en los últimos años con el fin de reclamar derechos, justicia social y dignidad. Uno de los movimientos con mayor fuerza, y que les causaba gran escozor, era el movimiento feminista, que para entonces había logrado la legalización del aborto en varios países, la judicialización y justicia restaurativa en casos de acoso y violencia sexual, una educación sexual consciente, entre otros logros que molestaban a los movimientos conservadores, empeñados en mantener su modelo de familia tradicional basado en preceptos religiosos, a través de los cuales mantenían el control de las mujeres y de la sociedad. Aquellos activistas católicos, cristianos y conservadores contraatacaban a los movimientos feministas utilizando el concepto 'ideología de género'. Así, difundían la idea de que el movimiento feminista quería ho-

mosexualizar a la población, incitar a la perversión sexual, borrar los géneros e instaurar una dictadura atea y marxista. Sin embargo, tras todo esto estaba el miedo mismo a la pérdida de control sobre la sexualidad, las mujeres y, en general, la moral humana.

Esa avanzada del movimiento feminista había generado un contramovimiento y varios planes de acción para detener la transición a un modelo de sociedad más feminista. De ahí nació la idea de tomar el poder e instaurar normas severas como la total prohibición de reunirse y encontrarse, y con ello impedir la organización y movilización social. La prohibición de reunirse le garantizaría a estos nuevos gobernantes la inexistencia de cualquier tipo de conspiración, trabajo colectivo, formación de una resistencia e intentos de revolución en contra del orden establecido. Estos selectos grupos basaron su modelo en el confinamiento que inició en el 2020, a raíz de la pandemia del COVID-19, ya que notaron que este había servido para fragmentar los movimientos sociales y disminuir su margen de acción tras las largas cuarentenas y la imposición del aislamiento social.

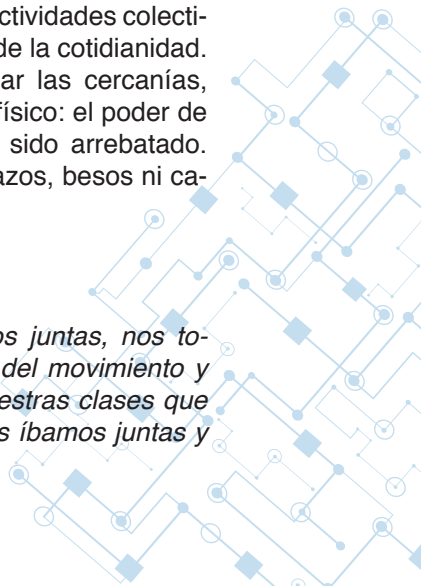
El nuevo confinamiento era más que obligatorio, era la única posibilidad de existencia en esta sociedad. Cada quien vivía en un pequeño espacio y el abastecimiento necesario llegaba cada 15 días a través de ciertas personas que no podían comunicarse con quienes abastecían. El abastecimiento al que accedía cada persona dependía de lo que podía pagar, según sus ganancias por el teletrabajo. Los productos eran fabricados artificial o industrialmente, las élites poderosas habían acabado poco a poco con el campo y quienes antes producían allí habían migrado a las

ciudades. La ciudad se había convertido en el modelo de habitación y, permanentemente, se encontraba en colapso debido a la mala calidad del aire, la falta de abastecimiento y la producción de desechos, entre otros factores, que la hacían un monstruo insostenible. En parte, el confinamiento había sido una solución parcial a algunos de estos factores, ya que habitar afuera se hacía cada vez más complejo por las malas condiciones ambientales que la misma industrialización había causado.

El confinamiento se vivía en solitario, no se permitía que un espacio de habitación fuera compartido con más personas. Las comunicaciones virtuales habían sido reducidas a lo meramente imprescindible como los servicios de salud, la educación religiosa diseñada por los mismos conservadores y los teletrabajos que resultaban funcionales a dicha sociedad. El nuevo gobierno contaba con alta tecnología de espionaje y control del acceso a la información, logrado a través de la virtualización de la vida. Las actividades colectivas habían sido suprimidas y eliminadas de la cotidianidad. Pretendían controlar los cuerpos, eliminar las cercanías, aislar a las personas. No había contacto físico: el poder de interactuar desde los cuerpos les había sido arrebatado. Los cuerpos vivían solxs... No había abrazos, besos ni caricias, baile o danza...

18 de octubre de 2047

Antes de que esto sucediera bailábamos juntas, nos tocábamos, sudábamos juntas al compás del movimiento y la música. Podía sentir las a todas en nuestras clases que sucedían mientras caía el sol. Luego, nos íbamos juntas y



éramos felices. Extraño mucho bailar. Esa se había convertido en una de mis partes favoritas de la vida; allí había descubierto la posibilidad de expandirme, recogerme, ser dueña de mí misma y compartirme con las otras. Era un espacio hermoso donde éramos libres.

19 de octubre del 2047

Hoy amanecí pensando en la danza, de nuevo. Me he parado de la cama, he puesto una canción de Imany, Don't be so shy, una de las últimas que bailamos con las chicas... ¡Diablos! Cómo las extraño. Empecé a moverme suavemente porque el dolor de espalda y de rodillas me invadía... Movimientos de cuello y de brazos empezaron a activar poco a poco todo mi cuerpo... Empecé a recordar la voz de nuestra profesora: "¡Muévete desde el centro! Ve despacio..., a tu propio ritmo..., para, ¡respira!". He descubierto que ellas están aquí, en mi cuerpo que recuerda desde el movimiento. Vaya... Moverme de nuevo ha sido como sentir peces recorriendo mis venas, mis articulaciones... de los tobillos a los muslos, de mis caderas a mis muñecas, de mis costillas a mi cabeza... Son cardúmenes enteros los que han navegado hoy en mí. ¿Por qué tardé tanto en volver a moverme? Es esto lo único que ahora puede salvarme... No lo puedo abandonar de nuevo. Hoy ha renacido un espacio de esperanza en mí.

Ágata se reencontró con una de las cosas que más amaba en su vida: la danza. Por mucho tiempo pensó que el régimen se lo había arrebatado, que nunca volvería a ver a sus compañeras y, por lo tanto, no volvería a bailar, pero esa mañana descubrió que su cuerpo la invitaba a bailar como

una respuesta más de resistencia, de resistencia desde el cuerpo, desde el movimiento. Los días siguientes, Ágata continuó bailando en su pequeño departamento, todos los días, durante varias horas del día...

25 de octubre de 2047

Llevo varios días bailando..., es todo lo que quiero hacer, incluso he descuidado mis deberes del instituto y me han llamado para reclamar mi falta de fe en "el señor". Ha sido una llamada horrible que solo me recuerda quiénes mandan ahora. Pese a ello, me está salvando darme cuenta de que aún mando en mi cuerpo... que puedo decidir los ritmos y las intensidades, las direcciones y la profundidad de cada movimiento.

Hoy bailé siendo un monstruo gelatinoso, una pulpa, con tentáculos en los brazos y en las piernas. Tenía también unas grandes orejas en las costillas y en la cola, y en la cabeza, una gran boca que se comía todo el cuarto mientras caminaba y me movía hacia atrás. Me conecté con mi niña interior, jugué a ser una monstra y expandirme en la habitación, a reconocer otras direcciones del movimiento... una nueva espacialidad de la que no era consciente...

Pulpa

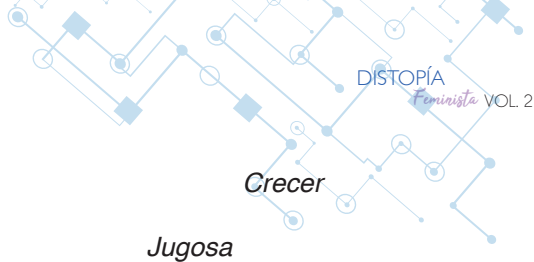
Amigas

Tentáculos

Colas de oreja

Dientes y boca grandes





Escurridiza

Ágata continuó su experimentación por varios días y horas... No quería dejar de sentirse una sola con el movimiento... En medio de toda la represión, la danza era su resistencia.

Un día sintió algo muy extraño... Reconocía esa sensación como del pasado, cuando bailaba junto a sus amigas. Era la sensación de sentir a la otra, de entender sus movimientos, poder reinterpretarlos y estar juntas. Ágata se sorprendió muchísimo, no entendía lo que pasaba, pero le gustaba: bailaba y al tiempo reconocía que los movimientos no eran suyos, al menos no solo suyos.

28 de octubre de 2047

Hoy fue un día muy especial, no sabes lo emocionada que estoy... Todo el día me la he pasado descubriendo algo que es nuevo en este tiempo, incluso siento miedo al escribirlo porque si alguien se enterara, sé que buscaría la manera de impedirlo... ¡Los odio! Le roban toda la belleza al mundo, pero esto es ahora mío, mío y de ella... Estamos juntas en esto... Insistimos en estar juntas. Por fin soy testiga de que otra como yo extrañaba la danza y decidió moverse desde su propia intención... Es mágico, podemos sentirnos la una a la otra desde nuestro propio cuerpo... Realmente no sé cómo ocurre, pero sucede; nos sincro-

nizamos en el movimiento y desde allí es posible comunicarnos. ¡Es maravilloso! Al fin hablo con alguien desde lo profundo, al fin puedo establecer una conversación, una desde el cuerpo y el movimiento... ¿Puede haber algo más poderoso que esto?

Ágata encontró una manera de comunicarse con Ati, quién era otra de sus compañeras del grupo en el que bailaban antes de que el nuevo régimen fuera instaurado. A través del movimiento de sus cuerpos habían logrado hallar un canal de comunicación entre ellas. Les habían arrebatado la posibilidad de comunicarse desde el habla, el texto y lo visual, pero habían otros lenguajes y comunicaciones que aún resistían al régimen: podían bailar y hablar desde el movimiento. Quisieron aislarlas para quitarles la fuerza, romper los movimientos, fragmentar..., pero no podían quitar la memoria del cuerpo, sus comunicaciones y los vínculos entre las corporalidades.





Luego de compartir juntas la danza y comunicarse por un buen tiempo, Ágata y Ati empezaron a hablar sobre un posible encuentro... Sabían que era difícil, por no decir imposible... Las puertas de los departamentos estaban vigiladas por varios militares, además de la infinidad de cámaras que no dejaban un punto ciego. No había excusas para salir, salvo morir, estar muy muy grave de salud o ser elegida entre las mujeres que disponían para fecundación in vitro. A pesar de esto, Ati le insistía a Ágata en que quería verla, y no era que Ágata no..., se moría por verla también, pero le daba mucho miedo porque sabía que verse era exponer sus propias vidas: quien desobedecía era torturada y ejecutada.

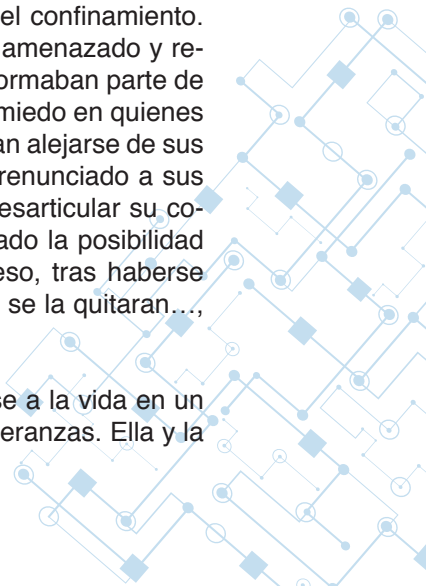
Ati conocía los planos de buena parte de la ciudad, había hecho parte de un equipo de planificación antes de que el nuevo régimen se instaurara. Le insistía a Ágata en que podían reunirse clandestinamente en el alcantarillado subterráneo. Ágata le dio vueltas y vueltas durante días a esta idea... Se imaginaba los panoramas posibles, pero, aunque las ganas de ver a Ati eran muy fuertes y las sentía poderosamente en su cuerpo, sobre estas estaban el miedo y la dificultad que veía en ese encuentro. Ante la resistencia de Ágata, Ati le propuso ir a verla a través del alcantarillado, que debía conectar de alguna manera con su departamento.

En realidad, Ati no estaba segura de que la red de alcantarillas estuviera conectada, tampoco sabía si ahí había vigilancia o no... Era un riesgo que quería correr ante la

emoción de encontrarse con alguien más, de verla a ella, de tocarla luego de tanto tiempo... Ati comenzó a vigilar el alcantarillado que conectaba con la bañera de su casa... Tendría que abrir parte del suelo de su baño para poder entrar porque era imposible salir de su departamento e ir hacia la alcantarilla frente a su casa sin ser vista por algún militar o alguna cámara. Ati lanzaba monedas a su sifón; se había convencido de que podría descubrir que no había nadie más fijándose en el alcantarillado si la moneda resonaba y dejaba oír el eco... Día tras día, durante un buen tiempo, Ati realizó este ejercicio. Mientras tanto, seguía bailando con Ágata, la tranquilizaba y calmaba el miedo que le producía la idea de que le pasara algo; le contaba del avance del plan y se emocionaban juntas al compás de la conexión entre sus cuerpos.

A Ágata le producía mucho miedo pensar que a Ati podría pasarle algo porque conocía la dureza del régimen en su propia carne... Ella era militante de una organización feminista que se había desarticulado desde el confinamiento. La vigilancia especial había perseguido, amenazado y reprimido con particular interés a quienes formaban parte de organizaciones sociales, lo que infundió miedo en quienes militaban y propició que muchxs decidieran alejarse de sus ideas revolucionarias... Ágata no había renunciado a sus ideas, pero la represión había logrado desarticular su colectiva... El confinamiento les había quitado la posibilidad de organizarse y conspirar juntas, por eso, tras haberse reencontrado con Ati, temía que también se la quitaran..., que la lastimaran...

Para Ágata, Ati significaba poder anclarse a la vida en un mundo en el que le quedaban pocas esperanzas. Ella y la



danza le hacían sentir que no estaba sola, la conectaban a más cuerpos. Su resistencia partía de su propio cuerpo en complicidad con el de la otra... Así, confirmaban que los cuerpos no son ni están solos, que se pertenecen unos a otros..., que un cuerpo termina donde empieza el otro.

4 de noviembre de 2047

La danza soy yo, eres tú, somos nosotras.

La danza me ha enseñado a vivir, a amar, a sentirme y a sentirte.

Pensarnos danza, sentirnos danza, ser danza.

Movernos a muchos ritmos e intensidades, movernos desde cada cuerpa.

Sentirnos dueñas de nosotras mismas: somos libres mientras nos movemos, mientras bailamos juntas y separadas.

¿Qué es la danza? La danza lo es todo, el ritmo de la vida, de la naturaleza, DE LA UNIVERSA.

La danza es la sangre que recorre las venas, son los huesos estirándose, es el aire que entra y sale de ti, son los músculos blandos y abiertos al juego.

La danza es jugar, la danza es reír y llorar, la danza es sentir, ¿sentir que? TODO.

La danza es amar. La clave para el amor y la danza es la misma: es estar. Estar en ti para estar con otrxs.

La danza es placer, es goce, es sentir rico. La danza es

Llegar al clímax.

La danza es sacudir, mover, tocar, vibrar y sublevarse.

La danza es la respiración agitada, los cuerpos en movimiento, el atardecer cayendo, las sombras en la pared bailando.

La danza es besarnos y amarnos.

La danza es agradecerte a ti por arriesgarte, la danza es agradecer la vida y el aquí.

La danza es sentirnos diosas, divas, fantásticas y regias. Siempre con la otra de la mano, cuidándonos y resistiendo juntas.

Respirar juntas, sostenernos juntas, existir juntas.

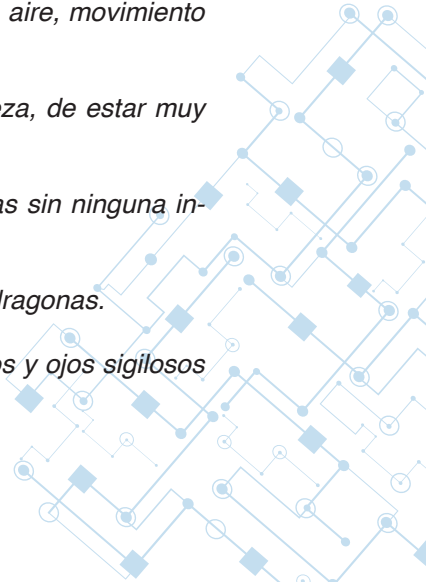
La revolución de la vida en carne, hueso, aire, movimiento y sentir.

La revolución del piso, del estar de cabeza, de estar muy juntas, de tocarnos y tocar a la otra.

La revolución de las perras intergalácticas sin ninguna intención conversadora.

Somos cabras, viboras, perras, zorras y dragonas.

Tenemos colas gigantes, colmillos afilados y ojos sigilosos y escarchados.





Obviamente escarchados porque también es la revolución del brillo, la escarcha y el terciopelo. Somos suaves y furiosas. Sensibles y poderosas. Fuertes y amorosas.

Somos la danza del futuro.

La danza del futuro es ayer, mañana y ahora.

El futuro somos nosotras. El futuro soy yo.

Nos urge pensarnos otras, pensarnos muchas cuerpos, nos urgen otras danzas, formas y espacios. Nos urgen otras vidas.

“Tiempos difíciles requieren danzas furiosas”.

6 de noviembre de 2047

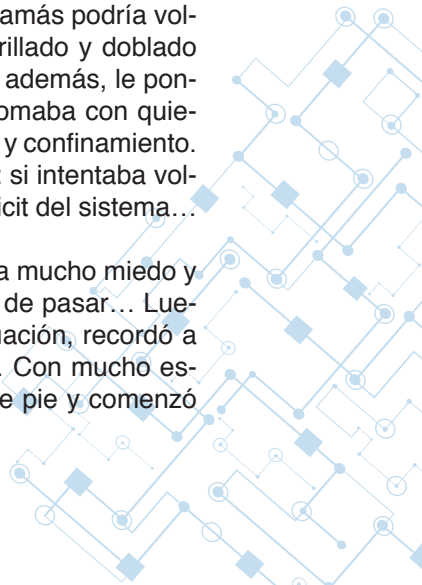
He estado muy emocionada bailando con Ati, hasta escribí este manifiesto para ella y para la danza. Siento que ambas me están salvando en este nuevo tiempo que me creí muerta en vida.

Finalmente, llegó el día... Ati ya había cavado el suelo de su baño y estaba decidida a ir a ver a Ágata... Se equipó y empezó a descender en las profundidades del alcantarillado. Adentro todo estaba muy oscuro y frío..., olía mal y los charcos de lodo empezaron a ser más frecuentes a medida que Ati se adentraba en su profundidad. No habían pasado más de 10 minutos cuando empezó a escuchar alarmas,

las escuchaba muy lejos y no sabía si debía preocuparse. Pronto empezaron a escucharse más y más cerca: sí, estaban viniendo hacia ella... No podía regresar porque justamente venían de allí... Ati empezó a sudar frío, tenía temblorosas las manos y se le armó un gran nudo en la garganta... Por un momento, en su mente se atravesó la imagen de Ágata y empezó a correr con todas sus fuerzas... Corría con el corazón a mil, su respiración era fuerte y el nudo en su garganta se había convertido en un dolor en todo el pecho. Cuando estaba corriendo, Ati resbaló, cayó al suelo y se golpeó la cabeza; quedó inconsciente allí, en medio del alcantarillado de una triste ciudad que la perseguía.

Cuando Ati despertó, estaba en su departamento... No sabía si había soñado que estuvo en el alcantarillado, pero cuando intentó moverse se dio cuenta de que era cierto... Estaba atada a la cama y le dolía todo el cuerpo... De repente, vio gente entrar a su cuarto: eran dos militares que la miraron con desprecio y le dijeron que jamás podría volver a escapar. Habían sellado el alcantarillado y doblado la seguridad de su departamento, donde, además, le pondrían cámaras; era una medida que se tomaba con quienes incumplían las normas de aislamiento y confinamiento. Antes de irse y desatarla, la amenazaron: si intentaba volver a escapar, la ejecutarían como un déficit del sistema...

Ati sentía que le palpitaba la cabeza, tenía mucho miedo y tampoco procesaba todo lo que acababa de pasar... Luego de unos minutos contemplando la situación, recordó a Ágata y lo preocupada que debía estar... Con mucho esfuerzo, se levantó de la cama, se puso de pie y comenzó



a moverse a pesar del dolor en todo su cuerpo. A medida que se movía, olvidaba el malestar, pero se intensificaba el deseo de hablar con Ágata y contárselo todo. Luego de un rato, se dió cuenta de que sus vibraciones se conectaron con las de Ágata, quien se aferró a ella y le comunicó que no había podido dormir preguntándose por qué no había llegado a su departamento y qué podría haberle ocurrido. Ati le contó lo que recordaba... Ambas coincidieron en que la suerte estuvo de su lado porque quienes detuvieron a Ati no sabían de su plan, sino que dieron por hecho que solo quería huir; no sabían de sus comunicaciones y tampoco habían sido tan duros con ella porque su historial estaba limpio... Eso sí, ambas sabían que no podrían intentar salir de nuevo y que tenían que cuidar su única posibilidad de comunicación porque se las arrebatarían en cuanto se enteraran... Se abrazaron en la distancia hasta quedar dormidas...

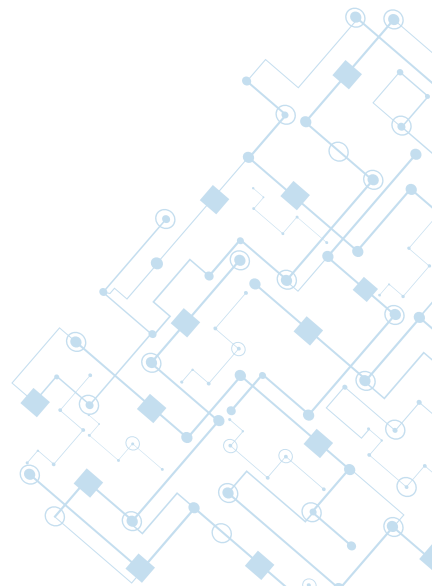
20 de noviembre de 2047

No podemos dejar de bailar... Ya ha pasado un poco el miedo desde la salida de Ati. Prometimos no volver a hacerlo, significaría poner en riesgo nuestra vida y nuestra manera de comunicarnos. Nos queda el encuentro que podemos lograr desde nuestros propios cuerpos y la danza... Esas conexiones que ni ella ni yo podemos explicar aún, pero que suceden, suceden cada vez que nos reflejamos en el movimiento de la otra...

22 de noviembre de 2047

Hoy sucedió algo muy poderoso... También la abrazamos a ella, nos sorprendió la extrañeza de no reconocer algunos movimientos como de ninguna de las dos... ¡Somos una tercera! Margie se ha unido a nuestras comunicaciones y no podemos estar más contentas: seguimos creciendo, seguimos ensanchándonos más allá de estas paredes... Somos un solo cuerpo resistiendo mientras bailamos... La revolución del cuerpo se sigue expandiendo...

A todas las amigas de la Dinamita Sonora, que me expanden más allá de estas paredes.



LAS HIJAS DE
VENUS MATRIX



Escritora_
Carol Cipactli
Caracol



Ilustradora_
Daniela Martínez
“UnAstronauta”



Me formé en el mundo de las letras y la comunicación para descubrir que un día serían la herramienta más poderosa para nombrarme y reconocermme, para nombrarnos a todas.

Feminista en constante construcción. Participo en diversos proyectos y colectivas enfocadas al estudio y activismo.

Formo parte de Unicornias, narrativas feministas, proyecto que impulsa y promueve el trabajo creativo de mujeres de diversas geografías para que desde distintas disciplinas se hagan visibles y se escuchen nuestras voces.

Hace algunos años durante mis prácticas profesionales me invitaron a ilustrar el cuento infantil “Jack y las habichuelas mágicas”, fue todo un reto, pues no tenía experiencia alguna en dibujo. Mi gran amiga Rebeca me animó para que lo hiciera, así que ¡no me detuve! Con lápices, acuarelas y papel en mano, comencé esta gran misión. Un año más tarde ya habían publicado varios libros digitales con mis ilustraciones.

La vida te pone a gente maravillosa en tu camino que te impulsa a seguir adelante, comparte tus buenos o malos gustos, te apoya en tus fracasos y festeja tus logros. Una persona importante en mi vida, que ha creído en mí y en mi trabajo ha sido Rebeca García creadora de Iktan, que me ha enseñado a conocer otro lado del arte y a quien considero una mujer inspiracional y que nada la detiene. Gracias a ella tomé cursos con grandes ilustradores, entre ellos Gnomo del Bosque, Germán Orozco y René Córdova. Gracias Becky por estar siempre conmigo.

Mi nombre es Daniela nací en la Ciudad de México en noviembre de 1985, soy diseñadora de identidades para marcas emprendedoras, creadora de contenido y colaboradora en increíbles proyectos como lo es Distopía feminista.

Diseñadora de profesión e ilustradora de corazón. Apoyando a mujeres con grandes sueños.

UnAstronauta.



[...] somos el virus del nuevo desorden mundial
reventando lo simbólico desde dentro
saboteadoras del computador central del gran patriarca
el clítoris es una línea directa a la matriz
VNS MATRIX
exterminadoras del código moral
mercenarias del fango [...]
VNS Matrix, Manifiesto ciberfeminista para el siglo XXI

— ¿Alguna vez te imaginaste que íbamos a vivir esto? — me preguntó con voz angustiada después ajustarse las botas y la capucha.

Aunque ambas sabíamos que nada volvería a ser igual, manteníamos la esperanza. Esa fue la última vez que hablé con ella.

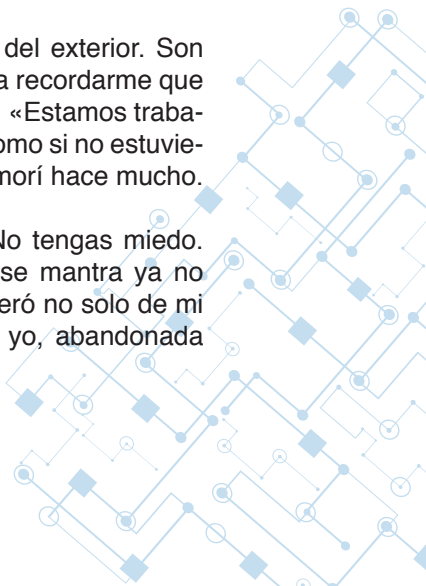
I

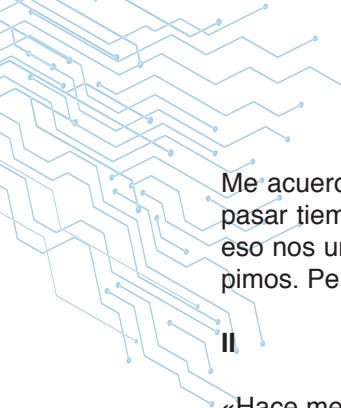
No sé qué hacer con el miedo.

Luchar también cansa. ¡Resiste, resiste, resiste! ¡Debo resistir! Pero decidí abandonarlo todo. ¿Qué sentido tiene ya? Hace meses que no sé de Cali ni de las demás. Ni siquiera sé si les llegan mis mensajes. Estoy sola.

Los únicos mensajes que recibo vienen del exterior. Son del gobierno, mensajes programados para recordarme que las cosas siguen graves y no hay mejoría. «Estamos trabajando en la cura. Las queremos vivas». Como si no estuviera muerta ya. No queda nada de mí. Me morí hace mucho.

Estoy desesperada. No tengas miedo. No tengas miedo. No tengas miedo. No tengas miedo... Ese mantra ya no sirve. Hace mucho que el miedo se apoderó no solo de mi cuerpo, sino de lo que me habita. Toda yo, abandonada ante el miedo.





Me acuerdo de Cali. La quiero ver. Muero por abrazarla y pasar tiempo juntas intentando cambiar el mundo; porque eso nos unió. Cuando nos conocimos, de inmediato lo supimos. Pero ahora no está.

II

«Hace meses que no recibo mensajes de ustedes, tampoco de Cali. ¿Están bien?».

— ¿Para qué les escribo si ya sé que no van a responder? ¡Las descubrieron! Debo hacer algo. Tomar fuerza y hacer algo porque hoy siento menos miedo. Hoy el miedo es menos. Como cuando repito varias veces una palabra hasta que deja de tener sentido. Hoy el miedo no se siente como tal. Saldré a la calle. Luego de más de dos años y medio de permanecer en casa por fin saldré, aun con el temor y la incertidumbre de lo que pasa ahí afuera, ni siquiera recuerdo cómo es el paisaje, no sé a dónde ir, pero debo salir. Quiero encontrar a Cali.

III

Desde hace algunos años, nuestra red empezó a volverse más fuerte y el movimiento feminista creció. El último 8 de marzo que salimos a marchar, antes del virus, fue decisivo. Nos reunimos miles y cientos en todas las geografías. Cada año se sumaban más ciudades, pueblos y comunidades a la lucha.

Esto hizo temblar al sistema. Las manifestaciones no ce-

saron, estábamos por todas partes acompañando, observando, analizando, cuestionando... apoderándonos de los espacios que nos negaron durante siglos.

Pensamos que lo estábamos tirando, que corríamos a pasos veloces; a este ritmo también crecían el odio y los enemigos. Las radicalizaciones no agradaron a todas las personas, sin embargo, sentíamos que íbamos a tirar el sistema.

Pero un día apareció el virus, uno tan peligroso que nos obligó a no salir de casa. Uno tan peligroso que llegó a todo el mundo en menos de un mes. De acuerdo con los hombres dedicados a la ciencia, las personas morían a las pocas horas de haberse infectado. Alguien salía a la calle y ya no volvía porque había contraído el virus. La peculiaridad es que las muertes eran solo de mujeres. Las autoridades recogían sus cuerpos y los llevaban a algún lugar seguro para no contaminar a nadie más. No las volvíamos a ver, no se sabía más.

Empezaron a morir más y más mujeres; morían en la calle, en sus trabajos, en las escuelas... ¡Morían en sus casas! La recomendación fue aislamiento social para toda la población. Algunas personas pudimos permanecer en casa, mientras que otras seguían saliendo a trabajar.

En tan solo un mes, los fallecimientos rebasaron los miles, pero no se sabía más del virus. Un día, los hombres de ciencia anunciaron que efectivamente el virus era mortal para nosotras; explicaron que la gran mayoría de los hombres eran portadores asintomáticos, mientras que una





minoría podía presentar síntomas leves de enfermedades respiratorias.

Al principio, únicamente se permitieron las salidas de los hombres; sin embargo, al ser portadores, contagiaban a las mujeres con quienes convivían provocando la muerte de muchas.

Fue entonces que los gobernantes y todo el sistema que los respalda tomaron la decisión abrupta de separarnos para, supuestamente, protegernos. La organización consistió, primero, en censar cuántas contaban con una vivienda propia o un lugar donde vivir. Las más afortunadas pudimos resguardarnos en casas de nuestras madres, hermanas, tías, amigas... las menos afortunadas fueron trasladadas a diversos refugios preparados por el gobierno, donde se presumía que tendrían acceso a todas las comodidades como comida, agua caliente, un espacio para descansar y podrían estar con sus crías, mientras fueran menores de 12 años, ya que a partir de esta edad incubaban el virus y, de acuerdo con los datos, a esas alturas ya debían ser portadores. Aseguraron que sería temporal. Una vez lista la vacuna, todas podríamos salir. La realidad es que, luego de algunos meses, quedamos aisladas y encarceladas. Nos tenían sitiadas y ubicadas.

Yo acababa de llegar a vivir a la ciudad y a casa de Cali. No tenía nada y decidí empezar de cero en un lugar nuevo en el que no tuviera historia. Luego de la muerte de mi madre me quedé sola y Cali ya tenía mucho tiempo invitándome a vivir con ella. Así que me mudé sin esperar nada ni conocer a nadie. Cali había iniciado una red importante de ciberfe-

ministas a la que yo me sumé después de conocerla en un viaje años atrás.

Cali empezó a notar que, desde el aislamiento, había algo raro en las interacciones en redes sociales. Empezó a notar la tendencia de los medios de comunicación y de toda la información que nos llegaba y los sitios a los que podíamos ingresar. Además, empezamos a perder comunicación con algunos amigos hombres. No supimos más de ellos y no encontramos quién nos diera información al respecto.

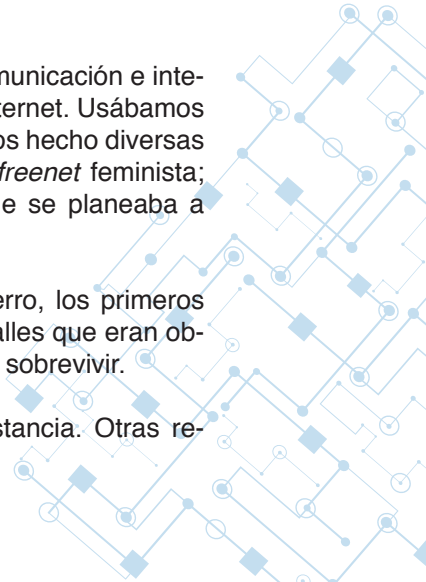
El temor a enfermar y a morir, no saber de nuestros amigos y familiares nos distrajo, al menos a mí y a las demás. Cali, sin embargo, pasaba horas pegada a su equipo trabajando en algo que tardó un par de meses en explicarnos. Quizás porque ni ella misma lo quería creer.

Cali se dio cuenta de que esto era algo muy grande, algo planeado desde hacía tiempo. Nos querían oprimidas, encarceladas, sin voz.

Éramos muy cuidadosas con nuestra comunicación e interacciones en redes sociales y sitios de internet. Usábamos *software* libre desde hacía años; habíamos hecho diversas acciones de *hacktivismo* y creado una *freenet* feminista; sin embargo, no pudimos advertir lo que se planeaba a nivel mundial.

Con el caos, la incertidumbre y el encierro, los primeros dos meses no prestamos atención a detalles que eran obvios. Nuestra mente solo se enfocaba en sobrevivir.

Algunas conservaron sus trabajos a distancia. Otras re-





cibían recursos de sus parejas o familiares del exterior y otras subsistían con los apoyos que empezaron a llegar desde el gobierno, los cuales, según toda la información que veíamos en medios de comunicación y redes sociales, tenían satisfechas a las beneficiarias. No había ninguna queja, parecía que lograban mantener la estabilidad económica y social sin nosotras.

Después de esos dos meses de encierro, Cali me contó que nada de lo que veíamos en internet era real; toda la información estaba controlada e intervenida para perder comunicación entre nosotras y reforzar el miedo que sentíamos. Nos fueron aislando cada vez más. Con el paso del tiempo, muchas se resignaron.

Después de corroborarlo, Cali nos explicó que nuestros accesos a internet estaban vigilados al 100 por ciento. Lo supervisaban absolutamente todo, cada conversación, cada sitio al que ingresábamos, cada click... Por ello, nos pidió reforzar la seguridad en nuestras redes de comunicación y blindar los equipos. Nos pidió estar alerta y ser aún más cuidadosas. Tenía un plan.

Empezamos a trabajar. Unas se enfocaron, incluida Cali, en rastrear toda la información sobre el virus. ¿Era real? ¿Por qué solo era letal para las mujeres? ¿Por qué aislarnos? ¿Qué pasaba con las otras? ¿Dónde estaban las de los refugios? ¿Por qué la información que se distribuía parecía ficticia y sacada de un cuento rosa?

Las demás nos dedicamos a rastrear redes aliadas, investigarlas a fondo para saber si eran confiables y entonces

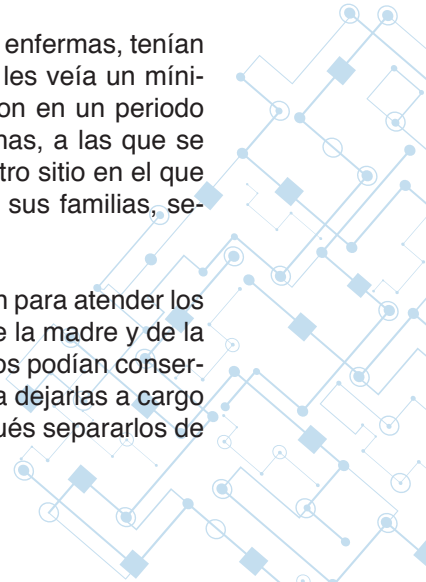
empezar la comunicación para trabajar juntas, encontrar respuestas, pero sobre todo accionar.

No había virus. Al menos no uno biológico que se reprodujera únicamente en los cuerpos de las mujeres. Tenían años articulándose para este plan, propagando el odio en las mentes de los hombres, incluso de los niños. Usaron todos sus recursos: económicos, sociales, cibernéticos... para instaurar un mundo, no sin nosotras, pero sí uno hecho para servirles enteramente sin cuestionar, señalar, criticar y, lo más importante, sin rebelarnos.

No entendíamos muy bien cómo pretendían que funcionara. Apenas habían pasado unos meses desde que empezó el aislamiento. Al poco tiempo, fuimos descubriendo que asesinaron primero a las mujeres mayores de 60 años. El plan consistía en actuar poco a poco para no generar sospechas ni levantamientos.

A las mujeres de los refugios que estaban enfermas, tenían alguna discapacidad, eran infértiles o se les veía un mínimo rasgo de rebeldía también las mataron en un periodo de seis meses; para no levantar sospechas, a las que se quedaban les dijeron que las llevaron a otro sitio en el que pudieran estar más cómodas o cerca de sus familias, según fuera el caso.

A las mujeres embarazadas se las llevaron para atender los partos. Si nacía una niña se deshacían de la madre y de la recién nacida. Si eran niños, las madres los podían conservar; el plan que empezaban a articular era dejarlas a cargo de la crianza hasta los 6 años, para después separarlos de



los espacios de mujeres y llevarlos con los hombres y así empezar a formarlos en el camino de lo que llamaron: la verdadera masculinidad.

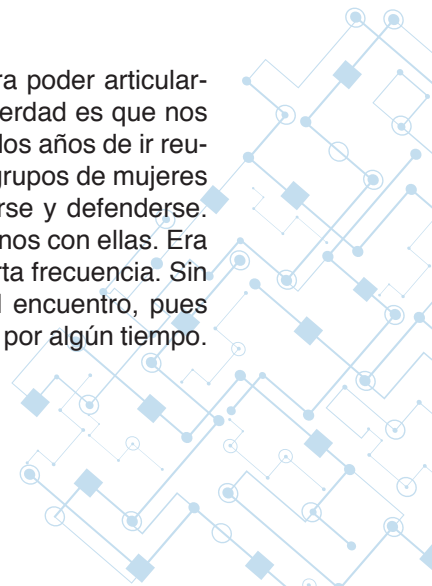
Según lo que pudimos investigar, el plan era dejar solamente a algunas mujeres (las más sumisas y fértiles) y deshacerse de todas las demás en un lapso no mayor a cinco años. Las que se quedaron tendrían diversos roles en el nuevo mundo, pero jamás volverían a convivir con los hombres como antes. Unas servirían como esclavas sexuales, otras serían explotadas con fines meramente reproductivos, algunas harían labores de crianza (únicamente de varones y bajo los nuevos mandatos que establecían ideologías absolutamente patriarcales). Otras más tendrían diferentes trabajos. A los hombres que se oponían al cambio, también los empezaron a matar.

Al enterarnos de todo esto, y de que habían empezado los asesinatos, quisimos actuar de inmediato, aunque no sabíamos muy bien qué hacer, ya que las calles estaban vigiladas. Al tener los datos de dónde estábamos agrupadas, siempre había vigilancia del ejército, la policía e incluso por parte de algunos hombres que se sumaron como centinelas voluntarios. No estaba permitido que saliéramos a la calle, aunque nosotras podíamos acceder a las áreas verdes del fraccionamiento donde vivíamos, ya que era un área privada. Éramos las únicas en el lugar, nuestras vecinas fueron reubicadas poco a poco, por lo que no sabíamos cuánto tiempo más podríamos estar ahí.

Logramos contactar a varias compañeras que estaban resistiendo y que también se habían percatado de que el virus no era real. Empezamos a fortalecer la red en busca de una solución, pero luchábamos con un enemigo muy grande. Tenían los medios para complicar nuestra tarea. Había veces que perdíamos comunicación porque detectábamos ataques a nuestra red. Vivíamos con la incertidumbre de si teníamos comunicación con mujeres reales o eran ellos infiltrándose. Todo era una apuesta de confianza.

Por ello, decidimos que lo mejor era estar juntas. Empezamos a salir en la madrugada para buscar una ruta de escape. “¡Las alcantarillas!”, gritó Cali una noche y rebuscó entre sus cosas unos planos del fraccionamiento que le habían entregado cuando compró el departamento. Es curiosa y siempre quiere conocer detalles de todo lo que hay a su alrededor. Entonces revisamos y nos dimos cuenta de que el sistema de alcantarillado era perfecto para poder llegar al exterior, incluso lejos de la zona urbana, donde quizás no habría vigilancia.

La idea era reunirnos con las demás para poder articularnos y juntas analizar qué haríamos. La verdad es que nos sentíamos perdidas, pero, luego de casi dos años de ir reuniendo información, supimos que varios grupos de mujeres estaban resistiendo. Empezaron a armarse y defenderse. Logramos contactarlas. El plan era reunirnos con ellas. Era difícil, ya que se movían de lugar con cierta frecuencia. Sin embargo, se había pactado la fecha del encuentro, pues estarían cerca de donde nos ubicábamos por algún tiempo.





Estábamos listas para partir y empezar a accionar desde otras trincheras; no estábamos seguras de que internet siguiera siendo un espacio seguro para nosotras pese a todos los esfuerzos y el trabajo que habíamos hecho durante años. Ellos tenían recursos económicos y un ejército de hackers a su servicio. Fuimos extremadamente cuidadosas. Primero, Cali saldría a explorar el exterior y encontrarse con una de las libres, fue una condición de ambas partes, ya que no sabíamos si se trataba de una trampa. Yo no estaba de acuerdo, no quería perderla, pero ella era la más valiente, fuerte, sigilosa, cuidadosa, intrépida y aguerrida. Yo soy miedosa, torpe y despistada. Además, ella conocía muy bien la ciudad, yo apenas si recuerdo cómo luce.

Llegó el día, Cali iba a salir a reunirse con la representante de las libres. Ese día yo no pude comer, no podía más que llorar mientras Cali me consolaba asegurándome que nada le pasaría. Que todo estaría bien y antes del amanecer estaría de vuelta conmigo. Estuvimos abrazadas mucho tiempo.

Tomó sus cosas, ajustó sus botas y su capucha, me dio un beso y me dijo: “Ya vuelvo”. No quiso que la acompañara hasta la alcantarilla. Fue la última vez que la vi.

Cali no volvió al amanecer, ni al día siguiente ni los que le siguieron a éste. Mis compañeras tampoco sabían nada. Intentamos contactar a las libres, pero no había respuesta. Una de las compañeras dijo que debíamos parar la comunicación porque quizás nos habían descubierto, pero no habíamos notado nada raro en la red. Aun así, dejamos de comunicarnos.

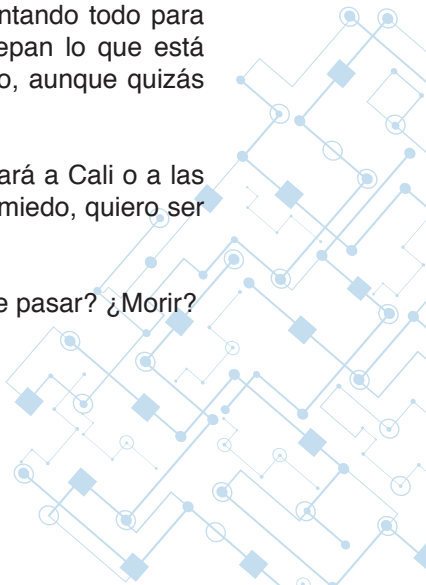
Después de un mes, Cali no volvía. Yo intenté contactar a las libres, pero tampoco respondían. Entré en pánico. Mis compañeras tampoco daban señales y yo no supe qué hacer. Decidí dejar mensajes advirtiendo lo que ocurría. Me arriesgué a usar la red a la que todas tenían acceso para empezar a contarles un poco de lo que estaba pasando. Lo intenté de múltiples maneras, con códigos, con imágenes, cosas sutiles; usé múltiples medios, siempre siendo cuidadosas para que no me ubicaran. Los mensajes duraban poco tiempo visibles y ni siquiera sabía si eran lo suficientemente claros.

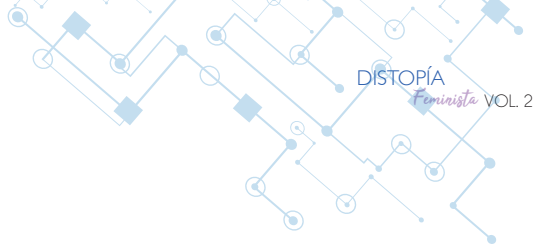
IV

«Cali no ha vuelto, han pasado algunos meses desde que se fue y no ha vuelto. Les escribí a las libres y tampoco responden. Ya no puedo más, no puedo con la incertidumbre, no sé si vendrán por mí. Voy a salir. Voy a buscar a Cali en el sitio donde acordaron con las libres. Me voy esta madrugada. Programaré un mensaje contando todo para que se distribuya en internet y todas sepan lo que está pasando, no podemos seguir ocultándolo, aunque quizás ya lo hayan notado».

Quiero pensar que esto que escribo llegará a Cali o a las libres o a las demás. Ya no quiero tener miedo, quiero ser valiente. Quiero ser libre.

¿Qué es lo peor o lo mejor que me puede pasar? ¿Morir?





Abro lentamente la puerta del departamento y bajo las escaleras de manera cautelosa. Cada peldaño es una confirmación de que no hay marcha atrás. Tiemblo. Una mezcla de miedo y adrenalina me recorre la espina dorsal. Camino por el parque que muchas noches fue nuestro refugio.

Solíamos imaginar que estábamos en el bosque.

Entro a la alcantarilla que acondicionamos. La conozco a la perfección. Siento el cuerpo pesado, no me puedo mover. Permanezco inmóvil varios minutos hasta que una fuerza se apodera de mí: quiero encontrarla, quiero ver a Cali. Despego los pies del piso y me siento más ligera, como si flotara hacia el final. No soporto estar encerrada un minuto más. No soporto no saber de Cali. Sigo avanzando.

Distingo los rayos tenues de la luz de la luna que se filtran por las rendijas, es el final del camino. Me detengo un momento antes de abrir. No oigo nada, puedo salir. Respiro profundo y empujo con fuerzas la rendija. Una fuerte luz me ciega, tardo en enfocar, por fin lo logro y me quedo perpleja. Me estaban esperando.



LA SUSTANCIA 8M





Escritora_
Emilia Hera



Ilustradora_
Rebeca García "Iktan"



Mis padres me nombraron Ana Emilia Hernández Ranchero, yo prefiero Emilia; salí después de un intenso día de baile y jolgorio en la colonia Merced de la Ciudad de México, soy antropóloga de formación, bailarina por convicción, artesana por accidente y fotógrafa curiosa. He desarrollado talleres de exploración de las corporalidades, integrando danza, escritura, fotografía y oralidad en círculos de mujeres.

Desde pequeña disfrutaba escribir, sin embargo, dejé de hacerlo hace siete años, supongo que al ir creciendo los fantasmas se han ido amontonando en las vivencias de mi corporalidad.

Algunas de estas criaturas que me habitan son dulzonas, jactanciosas y alegres como un baile de salsa son cumbiamba, otros son tremendamente pesados, ácidos y dolientes como un grito, como el Butoh y Pina Bausch. Creo que ya pasaron suficientes años de silencio, así que aquí estoy, una vez más; empezando a imaginar otras Tierras posibles.

Nací en la ciudad de México cuando aún no existía internet, aún hablé largas horas desde un teléfono fijo en la cocina de mi casa y crecí en una familia musical.

Hija de biólogos, a quienes agradezco infinito el haberme compartido su maravillosa visión del mundo.

Fan de la línea y el color, melómana y atraída siempre por la pintura y las artes estudié Diseño Gráfico ya que fué la carrera que más me acercaba a éstas.

Siendo autodidacta en las artes, en 2017 entro a estudiar dibujo e ilustración y decido trabajar por mi cuenta.

Actualmente me dedico al manejo de redes sociales y marketing digital, hago consultorías para PYMES y empresas que comienzan, así como a la ilustración digital y la pintura.

Todas estas áreas me apasionan, me siento afortunada de formar parte del maravilloso mundo de la comunicación gráfica.

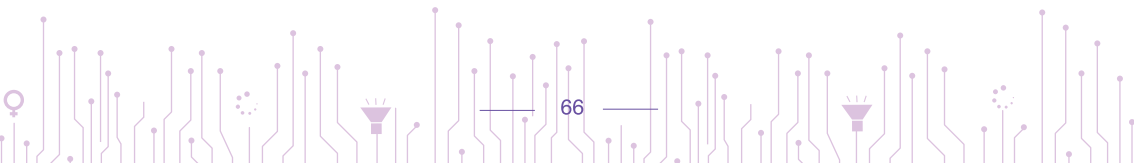
Soy Hera, sobreviviente del veinte veinte, llevo quince años viviendo en la Zona Cero, donde empezó toda la transición a esta nueva humanidad. Nuestra corporalidad cambió en unos meses, el color de mi piel se tornó morado, todos los cabellos se desvanecieron, mi vagina se cerró, la vulva y senos desaparecieron y mi pie derecho se desprendió, dejando solo piel morada.

Antes de que yo perdiera varias partes de mi corporalidad, me llamaban mujer con tan solo quince años.

Como muchas otras con cuerpos parecidos al mío, en aquel entonces estaba constantemente acechada por el monstruo, era aquel un ser amorfo con voz agria que me susurraba al oído, me ataba con sus sombras y con ello constantemente recordaba que mi cuerpo era feo, que no valía nada, que estaba a disposición de los demás, y que un día de aquellos terminaría como basura en la orilla de una barranca.

En ese entonces también vivían otros con cuerpos distintos al mío, en su mayoría les llamaban hombres.

Aquellos seres eran desconocidos para mí en muchos sentidos.

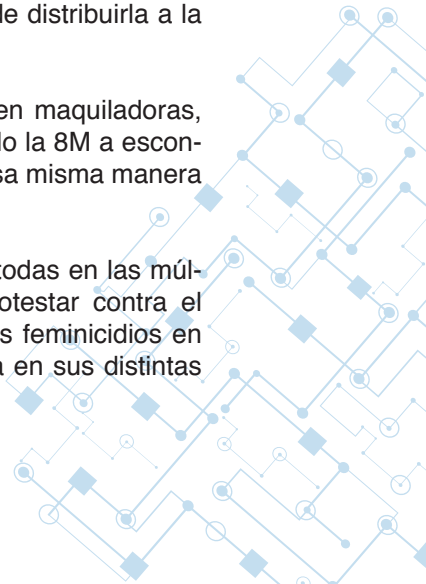


Me apropié de una habitación donde puedo pasar la noche y almacenar algunos alimentos, he dejado de usar ropa como la mayoría, el clima es favorable y no hace falta cubrirse, a la falta de genitales ya nadie se apena de lo que las ancestras llamaban “vergüenzas”, ellas mismas contaban la historia de cómo comenzó todo en historias alrededor de un fogón durante los días de resistencia:

“Las mujeres, en marzo de 2020, nos organizamos para soltar el primer intento de liberación desde nuestra corporalidad, ya que muchos debates en torno a cómo nuestro sexo biológico nos había oprimido históricamente nos llevaron a proponer una y otra vez durante más de cincuenta años formas de organizaciones sociales para repartir las labores de procreación y cuidados, sin embargo fueron boicoteados. Un grupo de mujeres desarrolló una especie de vacuna que llamamos 8M: una sustancia capaz de transformar todo lo que conocíamos como sociedad hasta esos días. El miedo era latente ya que no sabíamos si realmente podría funcionar y si seríamos capaces de distribuirla a la mayor cantidad de mujeres posible”.

“Meses antes pasaban noches enteras en maquiladoras, en fábricas, cocinas y talleres produciendo la 8M a escondidas de jefes, esposos y patrones. De esa misma manera se crearon redes para su distribución”.

“El día era claro, lo habíamos acordado todas en las múltiples marchas a nivel mundial para protestar contra el machismo, la misoginia, la violencia y los feminicidios en todo el mundo, aplicaríamos la sustancia en sus distintas



formas, como pastillas, inyecciones, brebajes y ungüentos. Con todo y el miedo, la rabia era mucha; marchamos, rompimos, gritamos y al final del baile juntas nos decidimos. Pasaron días sin efectos, hasta que poco a poco en cuestión de días y horas fuimos notando los cambios. En medio de una cuarentena forzada muchas de nosotras pudimos vivir los cambios en nuestra corporalidad sin exponernos a las miradas externas; lo que no sabíamos era que la 8M también se transmitía a los hombres a través del intercambio de palabras: ellos también comenzaron a cambiar”.

“Los privilegiados se vieron amenazados por ellas y comenzaron a perseguirnos, lo que no sabían era que con la 8M nosotras podíamos reproducirnos por partenogénesis, sin la necesidad del esperma masculino. Sin embargo, solo reproducimos hombres, si queríamos reproducirnos mujeres necesitábamos de ellos. Durante meses nos organizamos para poder producir nuestros alimentos y rebelarnos contra los que nos asesinaban por ser diferentes. Muchas no lograron sobrevivir, nos fueron desapareciendo poco a poco; pasaba un año en medio del caos y entre las distintas modificaciones que vivimos probando nuevas versiones de la 8M, recibimos la noticia de que habían logrado crear un antídoto en un laboratorio no muy lejos de la Zona Cero de la resistencia.”

“Vivíamos en un edificio antiguo en diferentes cuartos y departamentos, con diferentes plantas y huertos, teníamos lo básico para sobrevivir y cuidamos entre todas las criaturas que habían quedado.

Para la partenogénesis desarrollamos un sistema basado en un temazcal donde, con los efectos del vapor y las piedras medicinales, nuestra sombra cobraba vida y su cuerpo se alimentaba de nosotras.



Iniciaba como un vapor, una especie de fantasma, que se iba convirtiendo en carne. El proceso duraba siete días con sus noches, en un desgaste intenso. Nuestro objetivo fue en vano, cada vez que lo intentamos se reprodujeron hombres, pero con nuestra conciencia y memoria corporal, ellos pudieron sentir nuestros dolores, nuestras vivencias, sin necesidad de explicaciones, ellos mismos eran nuestra carne”.

“Sabíamos que teníamos que actuar en contra del antídoto, no habíamos llegado tan lejos para dejar que los privilegiados intentaran regresar todo a la forma anterior. Esa forma que ya no nos era suficiente. Teníamos que robar el antídoto; comenzamos a ver tutoriales -en aquellos días todavía teníamos redes de internet-, nos agrupamos y formamos un comando que entraría al laboratorio. Lo intentamos cinco veces de formas distintas y ninguna funcionó, todas las personas de los cinco comandos fueron asesinadas, desaparecidas o enviadas de regreso en pedazos. Decidimos parar; a la fecha, algunos de ellos conservan el antídoto y no sabemos lo que podrán hacer con él”.

“Es por eso -decían las ancestras- que ustedes deben estar preparadas, todas las personas de nuestras comunidades estamos en la mira, no podemos dejar de pensar en que ellos tienen aún la posibilidad de volverlo todo a cómo era antes. No lo olviden”.

Cada noche me repito esta historia mientras bordo mi pie derecho, espero no perderlo otra vez mientras sigo buscando el antídoto y escapando de ese eco que aún después de quince años me persigue con su voz monstruosa.





INSENSIBLES



Escritora_
C.S. Yerena



Mexicana nacida en el extinto Distrito Federal.

Siempre ha inventado historias como muestra de su excitada imaginación.

Soñadora empedernida y ratón de biblioteca.

Nunca ha leído suficiente (y probablemente nunca lo hará).



Ilustradora_
Pía Gómez Rojas



Pía Natacha Gómez rojas nacida en Chile en la ciudad de Talca en mayo de 1987, mujer, madre de dos hijos, poeta free, dibujante, de mente libre y creativa, estudió Diseño Grafico y Pedagogía en Historia y Geografía y ciencias sociales no obstante eligió el camino de la autoeducación y autonomía.

Ha estado ligada a proyectos culturales autónomos: trabajos enfocados a niños en estado vulnerable y que ahondan al ser humano creativo libre y espiritual.

Organizadora escuela de verano de autoeducación Ernesto Guevara. Santiago de Chile año 2009, Socia y colaboradora de diplomado pedagogía 3000 Año 2008-2009-2010, fundadora y colaboradora de proyecto educativos con tendencias waldorf, ha tomado seminarios Pedagógicos de filosofía Steineriana “la importancia del arte, septenios y temperamentos”, Año 2014. “introducción a la pedagogía waldorf el rol del maestro y la maestra” Año 2014. Organizadora de seminario de estudios pedagogía Steineriana “los primeros tres años de vida del niño(a) pequeño Año 2017.

Apunta a una sociedad colaborativa y en desarrollo para la autonomía y libertad del ser humano desde la delicadeza de la infancia a través de la educación el arte y todas sus expresiones, amor respeto, para un mundo renovado y comprensivo, de tendencia ácrata y emociones afloradas sigue el camino del aprendizaje.

Mientras me visto no puedo dejar de pensar en mi abuela y que por fin vamos a lograr lo que ella (y otras tantas antes de ella) había añorado: atracar las oficinas de T-Hormone. Estaría orgullosa y temiendo por mi vida.

Al salir veo el cielo despejado, el sol brilla, hay pocas nubes, el viento sopla revolviendo mi cabello.

Camino entre y el pasto descalza con los tacones en la mano. Inhalo, quizá sea la última vez que respiro aire fresco, exhalo, coloco un falso implante tras mi oreja y subo al carro donde las demás esperan.



Siento una atmósfera cargada, es de esperarse, no hay marcha atrás, solo existen dos opciones: salvar o morir. Ninguna duda de lo que estamos por hacer, es el sueño de generaciones; aunque eso no disminuye nuestro riesgo de morir.

Miro por la ventana tratando de concentrarme. Siempre creí que este día sería gris y lluvioso, pero es igual a cualquier otro en mi vida. Mi pensamiento está en otro lado. El coche arranca, vamos las cuatro mujeres. Es raro verlas como mujeres, es raro verme a mí como una mujer, crecimos juntas, nos criaron las mismas madres y abuelas, ellas son mis hermanas.

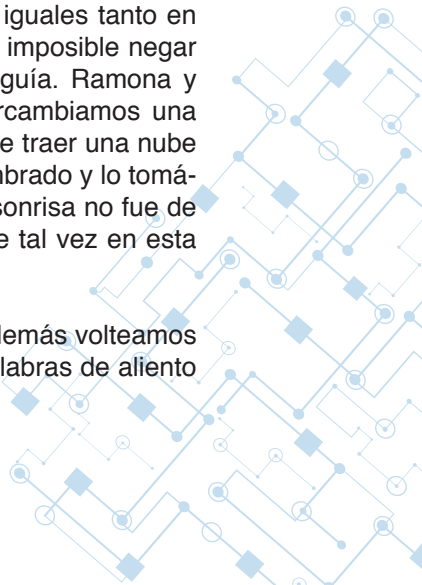
—Pon música que esto no es un funeral -grita optimista Ramona desde la parte trasera.

Sonrío y prendo el radio, no sé qué estación es ni me importa cambiarla, solo quiero escuchar algo por encima de mis pensamientos.

—Bien podría serlo... el funeral de alguna -musita Ana.

—¡Cállate! -grita Lidia. Y se hace el silencio por el respeto que le tenemos. Se supone somos iguales tanto en conocimientos como habilidades pero es imposible negar la capacidad de Lidia para ser nuestra guía. Ramona y yo nos miramos por el retrovisor e intercambiamos una sonrisa, Ana siempre es pesimista, parece traer una nube gris sobre ella. Ya nos habíamos acostumbrado y lo tomábamos a juego, pero en esta ocasión la sonrisa no fue de complicidad sino de incomodidad, porque tal vez en esta ocasión había algo de verdad.

—Tengo miedo -confiesa Ramona. Las demás volteamos a ver a Lidia como en espera de unas palabras de aliento como acostumbra darnos.





—Yo también tengo miedo —reconoce Lidia apretando los ojos un segundo para después seguir con la vista frente al camino.

Todas intercambiamos miradas, primero Ramona, que es la persona más eufórica y valiente que conozco, y ahora Lidia, quien siempre ha sido la cabeza del equipo. Está claro que ya no estamos jugando a salvar el mundo, ya no somos las niñas que nacieron en la resistencia; somos las adultas que han pasado la vida entera entrenando para este momento. Solo que ahora que llegó estamos aterradas. Nunca cuentan la historia de cómo el héroe orinó sus pantalones antes de salvar al mundo, pero puedo apostar que lo hizo porque todas en este momento estamos por hacerlo; no solo el orinarse encima, estamos por convertirnos

en heroínas...o villanas. Depende de quien cuente nuestra historia, espero seamos nosotras.

Dentro del carro sentimos una presión axfisiante. Mis oídos resuenan, siento que voy a vomitar; cuando estoy apunto de bajar la ventanilla para hacerlo decido aguantarme y hablar:

—Sí, todas estamos aterradas, somos nosotras cuatro contra todo una corporación, pero piénsenlo, piensen que somos las primeras en nunca haber usado un implante. Toda la vida hemos tenido emociones. Nunca experimentamos lo que es tener una aguja clavada en el cerebro que nos impida percibir amor, odio, alegría. Conocemos todo acerca del implante, más que los mismos usuarios. Sabemos cómo modifican las hormonas naturales por hormonas sintéticas pero también sabemos lo que es sentir miedo, cosa que ellos no, y es por eso que estamos aquí, para darles esa sensación. Sabemos que no eligieron ser insensibles; el implante lo ponen desde que nacen



y los vuelven una bolsa de órganos funcionales. Estamos preparadas para esto, hemos sido entrenadas toda nuestra vida, debemos estar seguras y confiar entre todas, somos un coven y debemos estar orgullosas de ello. No queremos ser modificadas ni que se modifiquen nuestras emociones...

No aguanto más, bajo la ventanilla y vomito todo el desayuno. Se hace un silencio absoluto mientras alguien saca un pañuelo de su bolso y me lo pasa; estoy limpiando mis labios cuando de repente Ramona lleva la mano a su boca, pienso que también va a devolver el estómago pero suelta una carcajada y todas se unen.

—Que buen discurso, ¡sobre todo el final! No cabe duda que eres nuestra roca, Clara, deja la politiquería de lado, ya estamos aquí y no hay marcha atrás -dice Ramona entre risas. Mi incidente con la comida relaja la situación y baja el estrés por un rato. Hasta llegar a la caseta de entrada a la ciudad.



Nos detenemos frente a control de acceso, un oficial se nos acerca, nos observa de arriba a abajo y nos deja pasar. En ocasiones cuestionan a quien entra a la ciudad o lo hacen bajar del carro para examinar su vehículo; pero nosotras como cuatro mujeres bien vestidas, es decir, inofensivas a la vista. La primera parte está hecha.

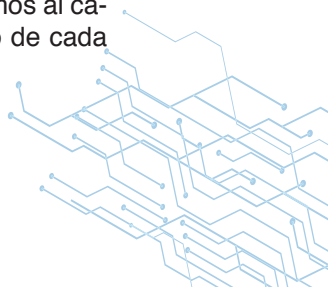
Avanzamos hasta una calle solitaria para estacionar el carro, Ramona, Ana y yo comenzamos a quitarnos los vestidos y tacones para ponernos ropa más cómoda; sería difícil cambiar el mundo sobre tacones. Mientras, Lidia retoca su maquillaje y nos pasa nuestros maletines a Ramona y a mí.

—De acuerdo, Ana, ten las llaves del carro, encárgate de que Clara y Ramona lleguen a los puntos acordados, es nuestra prioridad, yo me iré a las oficinas. Les mando mensaje en cuanto la junta inicie —repasa Lidia.

Todas asentimos y Lidia comienza a caminar hacia la avenida, cuando de repente gira sobre sus pasos y suenan sus tacones corriendo de regreso.

—Las amo -dice mientras nos abraza una por una. No espera respuesta, sabemos no es el momento. Regresa sobre sus pasos y desaparece entre la multitud.

Nos quedamos con un nudo en la garganta que debemos disimular por el bien del grupo, por ello nos metemos al carro y abrimos cada quien nuestro maletín, dentro de cada



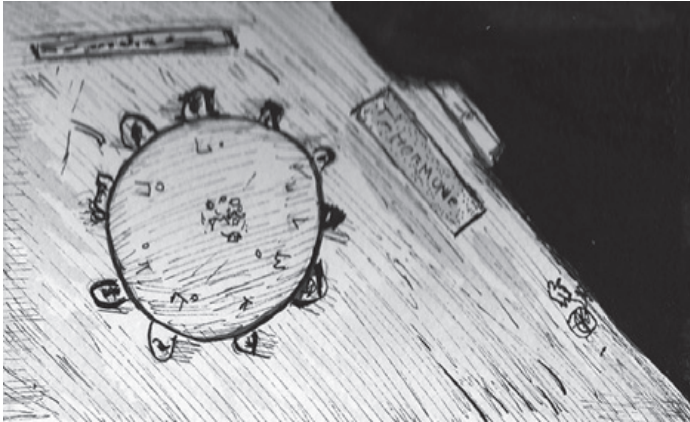
uno hay una laptop y una pequeña píldora.

Primera parada. Antes de bajar, Ramona voltea a vernos y asiente con tal determinación que siento un poco de envidia de su valentía. Ella es quien debe llegar al centro de datos.

Segunda parada, aquí voy yo, debo estar lo más cerca posible de las oficinas para poder controlar los dispositivos hormonales de las personas dentro del edificio.

Finalmente, Ana debe conducir a las afueras de la oficina para rescatar a Lidia cuando todo empiece.

Ya en nuestras posiciones solo queda esperar al mediodía y con ello el mensaje de Lidia.

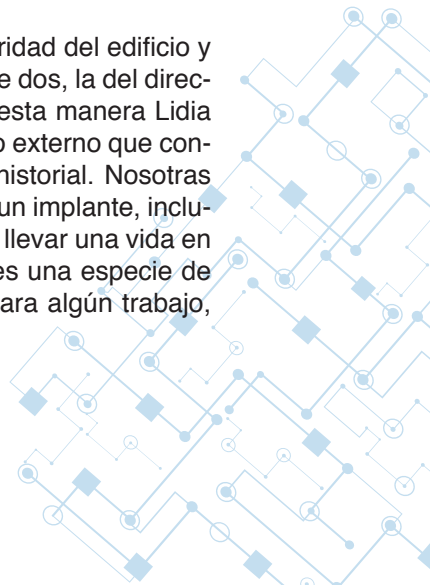


Llega la hora. Lidia, como secretaria ejecutiva del director T-Hormone, era responsable de llamar a junta a los directivos de cada área porque en la semana se había mandado un troyano que borraba datos de manera aleatoria.

El troyano era creación de Ana, era prácticamente inofensivo, solo atacaba a personas con sistema inmune débil. Yo diría que era piadoso pues solo atacaba los dispositivos de personas desahuciadas; borraba su perfil hormonal y sin perfil no se liberan hormonas sintéticas. Daba la oportunidad de sentir a personas que al borde de su muerte jamás habían experimentado alguna emoción. Todos en T-Hormone sabían que algo como esto se podría repetir, era urgente reunir a todos los expertos en sistemas.

Se convocó a todos a la sala de juntas. Ya reunidos, exactamente a las 12:05 recibimos el mensaje de Lidia: “Listo”. Era momento de empezar.

En este momento Ana interviene la seguridad del edificio y bloquea todas las puertas, a excepción de dos, la del director general y la de acceso principal. De esta manera Lidia entra a la oficina a conectar un disco duro externo que contiene un virus para borrar todo nuestro historial. Nosotras estamos registradas como si tuviéramos un implante, incluso tenemos un perfil hormonal, porque al llevar una vida en la ciudad se pide de manera cotidiana, es una especie de cédula para verificar si eres apto o no para algún trabajo,



escuela o para rentar una casa. Nuestro historial es como un billete falso, sabrías que es falso si lo examinas pero a simple vista parece creíble. Por eso debemos borrarlo, si fracasamos e investigan cada perfil sabrán que fuimos nosotras; debemos desaparecer por completo. Conecta el disco duro y se dirige tranquilamente a la salida.

Con ella fuera quien debe entrar ahora al edificio es Ramona.

Ana espera afuera, Lidia sube al carro y manejan hacia la calle de atrás. Ana es la encargada de descargar el virus vía remota, solo necesita la clave de acceso a la computadora. Eso es sencillo, Lidia conoce la clave pues es la asistente del director general.

Si bien T-Hormone tiene lo último en seguridad y habíamos analizado entrar por la fuerza al sistema, esto nos limitaría en cuanto a movimientos; siempre es más fácil y efectivo atacar al punto más débil: el humano. Desbloqueada la computadora, se comienza a descargar un virus, es uno muy específico, borra todos los datos de una fecha en especial; el día de nuestro nacimiento. Cuando menciono que nos preparamos toda la vida, es literal, las cuatro nacimos el mismo día; por eso, para desaparecer, necesitamos borrar los archivos de un solo día en toda la data almacenada.

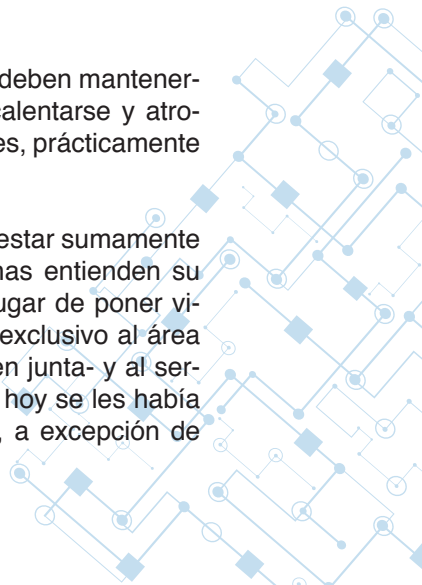
Ramona entra a las instalaciones vestida con una gorra y playera polo verde bandera que van a juego con unos pantalones caqui y botas cerradas. Se acerca directamente a los guardias de seguridad, muestra una credencial y continúa su camino directamente al sótano. Ella es técnico

en sistemas y debe ir al sótano a verificar el centro de procesamiento de datos. Quién diría que la parte fundamental de la empresa es un sótano, uno lleno de servidores. Ahí es donde se regulan los perfiles hormonales. Los datos del usuario se almacenan en otra parte, creemos que es del otro lado del mundo. Por seguridad de los usuarios, se almacenan los perfiles en una parte y los regulan en otra, así nunca se sabrá quién es regulado en qué servidor. Por eso debemos eliminar nuestro expediente directo de la computadora, porque no eliminaremos los perfiles, solo impediremos que produzcan hormonas. Una vez se detenga la producción de hormonas, toda la población tendrá que vivir al menos un mes sin el implante antes de que T-Hormone recupere los datos y pueda volver a producir hormonas sintéticas.

Ahí es cuando entrará la libertad de decisión cada usuario: elegir si quiere o no volver a conectarse al sistema de producción hormonal sintético.

Los centros de datos son muy delicados, deben mantenerse a temperaturas bajas para no sobrecalentarse y atrofiarse, pero como a la vista son intimidantes, prácticamente están desiertos.

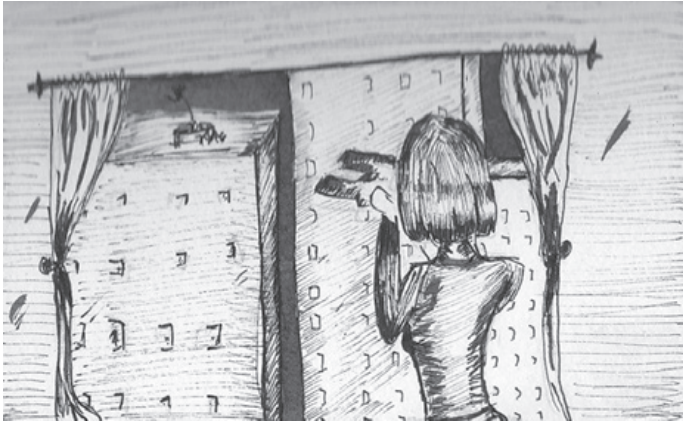
Son el cerebro de la empresa y deberían estar sumamente custodiados, sin embargo, pocas personas entienden su relevancia. Por ello se decidió que en lugar de poner vigilancia 24 horas al día se daría acceso exclusivo al área de sistemas -quienes justo ahora están en junta- y al servicio técnico externo, a quienes el día de hoy se les había mandado correo para darles el día libre, a excepción de



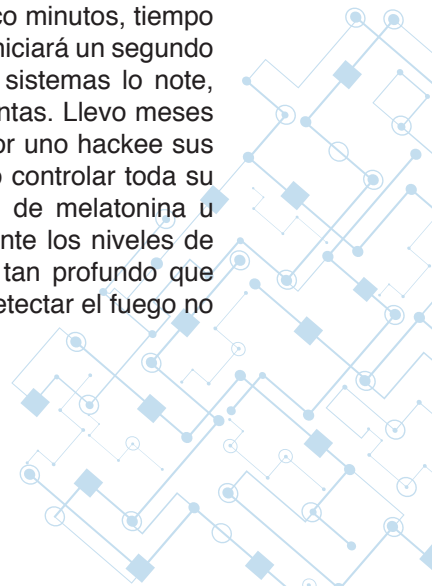
Ramona que trabaja ahí.

Mi amiga baja al sótano para iniciar un pequeño incendio, solo debe comenzar un fuego que se expandirá sin control, porque Ana desactivó la seguridad, incluyendo su sistema contra incendios. Al ser equipos sumamente delicados no se puede encender un rociador de agua y ya, sino que se cierra el paso del aire por cinco minutos para iniciar el fuego. Sin oxígeno no hay combustión, pero Ramona tampoco podrá respirar.

Esto se hará en automático una sola vez, por defecto del sistema cuando detecte que la temperatura está subiendo, por lo que Ramona debe esperar dentro esos cinco minutos sin oxígeno para volver a iniciar el fuego; la segunda vez el sistema no va a reaccionar pues la seguridad pre-cargada ya habrá sido eliminada.



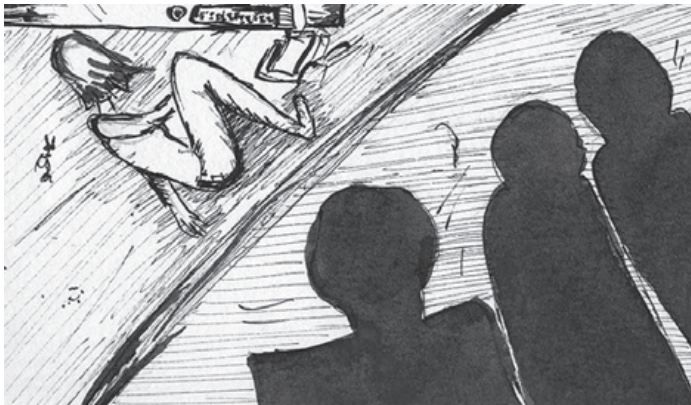
Vi a mi amiga bajar hacia el sótano con ayuda de mis binoculares. Yo estoy frente al edificio en un departamento que se ha rentado a mi nombre desde hace tres meses, por ello he visto cada movimiento. En cuanto la veo desaparecer tras la puerta del sótano cronometro cinco minutos, tiempo del primer incendio, si todo sale bien se iniciará un segundo incendio. Debo impedir que el área de sistemas lo note, por ello los encerramos en el área de juntas. Llevo meses rastreando a cada uno de ellos y uno por uno hackee sus implantes de manera manual, así puedo controlar toda su actividad, principalmente su producción de melatonina u hormona del sueño. Elevaré drásticamente los niveles de melatonina, sometienolos a un sueño tan profundo que la evacuación de los primeros pisos al detectar el fuego no los despertará.



Suena la alarma, ya han pasado los cinco minutos, inicio la subida de niveles de melatonina, agarro mis binoculares para ver si ha funcionado y que en el último piso estén todos durmiendo.

— ¡Alto! —escucho gritar a una voz masculina detrás de mí.

Me giro a observar, son dos hombres armados, me están apuntando; debo presionar el botón de emergencia en la computadora, una sola tecla y las demás sabrán que estoy en peligro, que estamos en peligro. Decido ignorar la orden de aquel sujeto, yo no importo, debo llegar al botón y advertirles. Me muevo rápido pero ellos también. Al acercar mi mano a la computadora se escucha un disparo, no sé si logré presionar el comando, solo sé que estoy cayendo. Se siente calor en mi cuerpo, me han disparado, veo mucha sangre, tal vez moriré. Creí que morir dolería pero no siento absolutamente nada, todo se ve borroso y hay una especie de ruido blanco en mis oídos, ya estoy en el suelo, siento que voy desmayarme en cualquier momento, veo la cara de los desgraciados que me dispararon,



Se están acercando a mí, quizá me van a disparar otra vez, el golpe de gracia. Creo no me dieron en ningún órgano vital porque sigo consciente pero ahora hay dolor, no sé si esto sea morir pero se le ha de parecer mucho. Tal vez vea a mi abuela pronto, cómo la extraño, por ella es que me encuentro aquí, antes era mi mentora pero desde que falleció siento que sigue cerca, sólo que está doliendo. Los hombres se acercan a gritarme, los veo mover sus bocas pero alrededor solo hay ruido blanco.

Nosotras creemos que cuando alguien muere regresa, así puede volver su alma más sabia. Existen almas tan unidas que en otras vidas se encuentran ya sea como madre-hija, hermanos o amantes, pero hay ocasiones en que una persona muere y permanece con el alma a la que estaba unida y funge como una guía espiritual. Siempre creí que mi abuela era mi maestra en vida y cuando falleció era mi guía espiritual, la veré pronto ahora que estoy muriendo; cómo la extraño, aunque hoy en día ya no puedo recordar su voz, hace días lo intenté, quería imaginarla deseandome suerte pero apenas pude figurar su cara, no quiero olvidarla, quiero escucharla de nuevo, aunque signifique morir. Comencé a escuchar su voz.



Volvía a tener once años, llegaba de la ciudad con los ojos llorosos porque mi mejor amiga de la escuela había notado algo raro en mí, no sabía que era, pero ya no quería seguir juntándose con la rara de la escuela. Yo sabía que pasaba, era porque usaba un implante falso pero no podía decirle porque me pondría en riesgo a mí y las demás, y lloré de tristeza e impotencia todo el camino a casa. Mi abuela me vio cruzar la entrada y corrió hacia mí fúrica y gritó:

—¡Te he dicho que no puedes llorar en público!

—¡Pero nadie me ha visto! Y si sucediera ¿qué habría de malo? ¿Por qué solo puedo expresarme dentro del coven? -contesté ofendida. Mi abuela me observó con cariño, acarició mi cabello y contestó:

—Tener aunque sea un lugar para llorar es mejor que ninguno. Yo también ansío el día en que podamos llorar, gritar o reír a carcajadas en público, pero hoy no es ese día, mi niña.

—Pues ya estoy harta de esto ¿Cómo es que tú no?

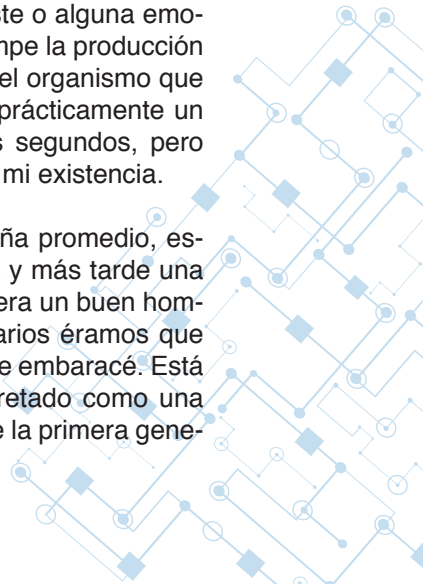
—Oh, hija mía, es que yo nací fuera del coven, sé lo que es estar afuera, tener una familia común y trabajar para la sociedad —explicó mientras recogía su cabello dejando ver un pequeño agujero detrás de la oreja.

—¡No sabía que habías tenido el implante! Pensé que habías estado aquí siempre ¿Cómo es tener el implante? ¿Cómo es vivir allá? —pregunté mientras señalaba una mancha lejana que sabía era la ciudad.

-Creo es momento que conozcas más de mí pasado y así entiendas nuestra historia —dijo mientras caminaba a acomodarse en su mecedora de madera a la vez que yo me acomodaba entre las almohadas de la alfombra, y comenzó a hablar más para sí misma que para mí...

Yo nací en una familia acomodada, tus bisabuelos, mis padres, trabajaban en T-Hormone. Mi padre estaba en el área de desarrollo de hormonas sintéticas y mi madre era jefa de mercadotecnia. Estaban bien posicionados en la empresa por eso fui de las primeras generaciones en tener un implante permanente, en lugar de cambiarse cada diez años solo se pagaba mensualmente y los niveles hormonales eran monitoreados vía remota desde las oficinas centrales. Es raro explicar ahora qué pasó por mi cabeza durante los treinta años que usé el implante, así como me sería imposible explicarle a alguien con el implante qué siento justo hoy. No todos los implantes son perfectos, existen rumores de fallos cuando uno está muy feliz, muy triste o alguna emoción fuerte, hay ocasiones que se interrumpe la producción sintética y se liberan hormonas propias del organismo que afectan las emociones. Estos fallos son prácticamente un mito pues de existir duran apenas unos segundos, pero eso me bastó para cambiar por completo mi existencia.

Mi vida entera había sido normal, una niña promedio, estudiante dentro de las notas aprobatorias y más tarde una maestra de escuela; incluso me casé. Él era un buen hombre, igual de común que yo, y tan ordinarios éramos que decidimos formar una familia; entonces me embaracé. Está claro que el embarazo puede ser interpretado como una bomba hormonal y al tener un implante de la primera gene-



ración existía una posibilidad de fallo.

El fallo sucedió un día como cualquier otro. Me preparaba para salir a dar clases cuando de pronto sentí náuseas, corrí al baño, y nada. ¡Estaba harta de sentir cada comida en mi esófago y al llegar al baño ser una falsa alarma! No sabía por qué me estaba haciendo esto, ni siquiera me gustaban los niños, estaba furiosa de interrumpir cada comida e incluso mis clases.

Fue ahí cuando lo noté. Me sentía enojada, nunca en mi vida me había sentido molesta, era como si en mi cuerpo subiera la temperatura y necesitara gritar, hacerme escuchar. Inmediatamente sentí sorpresa de sentir algo, fue un espasmo que me dejó inmóvil. No quería moverme, solo saber qué estaba pasando y por qué toda mi vida lo había evitado. Después sentí confusión, fue la última emoción que se presentó antes de volver a producir hormona sintética y con ese sentimiento me quedé, más bien, con la idea de haber experimentado una sensación amarga.

Era claro que no me había gustado la confusión y ahora quería respuestas. Mi primera opción era obvia: debía buscar a las brujas.

Las brujas era un grupo de locas que se rehusaban a ponerse el implante. Eso era todo lo que sabía. Ignoraba dónde vivían o quienes formaban parte de ellas, pero sabía que en cada conferencia pública de T-Hormone ellas se presentaban en una túnica blanca con una cruz bordada en el medio y en la parte de abajo una luna, se envolvían en un manto azul y se cubrían con una máscara amarilla usando una corona con tres lunas pintadas. Se colocaban atrás del público y no decían ni una palabra, solo sostenían una vela en cada mano, una de color blanco y otra de color

negro. En unas semanas habría una conferencia sobre las actualizaciones programadas para los siguientes meses y en definitiva iba a ir para encontrarlas, aunque no sabía cómo entablar conversación con ellas.

El embarazo ya se notaba así que fue difícil conseguir ropa formal que me quedase, tomé un té y me subí al carro manejando directo a la conferencia. Al llegar aún no se veían las brujas así que me acomodé al fondo para tratar de hablarles en cuando aparecieran; pero dado mi prominente barriga, una organizadora me ofreció asiento al frente mientras me preguntaba si era prensa. A pesar de ser una compañía que estaba a cargo de nuestra vida diaria, pocos se interesaban en sus conferencias, pues todos sabíamos que T-Hormone siempre iba bien, así que no muchos se presentaban por iniciativa propia. Decidí repetir la misma mentira que le había dicho a mi esposo, le dije a la señorita que estaba ahí porque era maestra de biología y quería entender un poco más para dar una clase. Ella amablemente me inundó en folletos sobre las actualizaciones y el implante en general, estaba por darme una cátedra antes de comenzar cuando se abrieron las puertas del recinto y en fila entraron trece mujeres que se acomodaron al fondo





formando una media luna; todos nos callamos. Eran ellas. La señorita que me estaba atendiendo las miró con desdén, en ese momento vi mi oportunidad.

—¿Son las brujas? -le susurré.

—Sí. Cada conferencia vienen y nunca dicen ni una sola palabra ni interrumpen, por eso jamás podemos correrlas ni impedirles que entren —dijo.

—¿Y ha hablado con ellas?

—¡Oh, Dios, nunca! ¿Por qué? ¿Acaso quiere hablarles? —preguntó inquisitiva.

-Mmm tal vez sería bueno tener su opinión sobre el tema -me aventuré a decir.

—¡Ay, señora, no diga esas cosas por favor! Todos sabemos cuán riesgosas son. Seguramente ha escuchado todas las historias que circulan sobre ellas, por algo les dicen brujas.

—Pues claro que he escuchado eso de secuestrar mujeres para sacrificarlas, pero son solo historias de terror para niños que no terminan su comida —contesté burlescamente. La mujer me observó incrédula, se inclinó hacia mí y a modo de confesión me dijo:

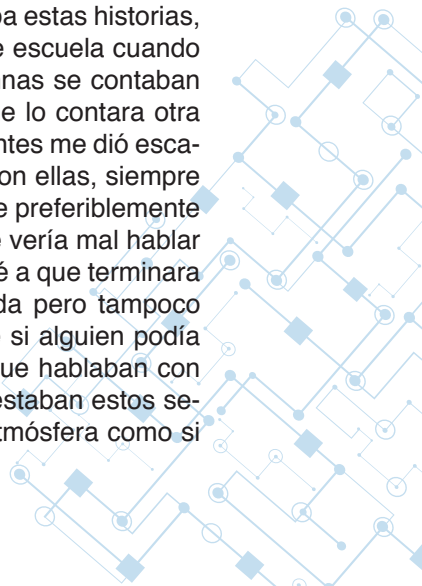
—Nosotros, por ser quienes somos, hemos recibido familias donde les llegan cartas de amenaza donde exigen quitar el implante de alguna integrante de la familia o amena-

zan con raptarla si no se hace, es obvio que no aceptamos quitar el implante solo por una carta y les recomendamos ir con la policía y que ellos decidan cómo proceder, pero rara vez vuelven con nosotros. Por ello hace tiempo se nos ocurrió contratar a una investigadora, pero ella... desapareció -concluyó mientras cubría su boca para ahogar un sollozo.

La miré incrédula, mientras disimulaba una risa burlona.

—No lo digo por maliciosa, lo digo porque usted debe ser consciente de que al menos buenas no son, piense en su bebé -contestó molesta mientras observaba mi vientre y se levantaba para dirigirse tras bambalinas.

Tragué saliva mientras me acariciaba el abdomen. Tal vez no eran la oposición salvadora que resolvería mis dudas, eran ajenas a mí, pensé que posiblemente eran unas holgazanas agresivas que podrían asesinarme si quisieran, o a mi bebé. Recapacité sobre lo que estaba poniendo en juego, no era la primera vez que escuchaba estas historias, siempre las contaban mis compañeras de escuela cuando era niña; aunque también entre mis alumnas se contaban y no habían cambiado tanto, pero que me lo contara otra persona adulta e involucrada en los implantes me dió escalofríos. Decidí, no perdía nada en tratar con ellas, siempre y cuando fuera un espacio abierto, aunque preferiblemente poco transcurrido porque era claro que se vería mal hablar con ellas en público. Decidido esto, esperé a que terminara la conferencia de la cual no entendí nada pero tampoco me interesó mucho, a decir verdad no sé si alguien podía escuchar a los tipos con batas blancas que hablaban con tecnicismos complicados mientras atrás estaban estos seres que generaban en toda la sala una atmósfera como si



en verdad fueran brujas de cuento. Creaban tensión en todos, incluso los expositores volteaban incómodos a mirarlás, quizá ellos también tenían miedo; mientras meditaba en ello se escucharon las puertas abrirse. La conferencia había terminado sin darme cuenta y las brujas ya estaban saliendo en la misma fila con la que habían entrado.

Me apresuré a guardar los folletos en mi bolsa, me levanté de mi asiento, extendí la mano a manera de despedida de la señorita que me había atendido y comencé mi camino de la manera más relajada posible sin tratar de perder de vista a la fila que iba unos pasos delante de mí. Las seguí a pie tratando de que nadie notara que las seguía. Caminaban por las calles como si les pertenecieran, las personas al verlas acercarse



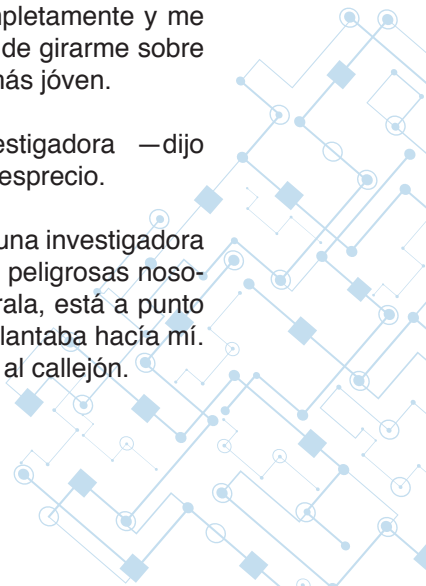
saltaban por inercia hacia los lados de la calle para darles el paso, todos se detenían cuando ellas pasaban para después reincorporarse a la amontonada vida en la ciudad. Por ello me fue difícil no perderlas de vista hasta que finalmente doblaron en una esquina y al llegar vi un callejón oscuro, cosa rara pues aún no era ni la hora de la comida; me detuve en seco, estaba decidido que no iba a entrar ahí, ya los tacones me estaban matando; iba a volver sobre mis pasos cuando una anciana avanzó hacia la poca luz que salía del callejón. Pude reconocer por la túnica azul que era parte de ellas pero ya no traía ni máscara, corona o túnica, solo era una mujer mayor. Me sonrió y preguntó:

— ¿Qué, no vienes?

Me congelé. No sabía si comenzar a correr. Qué había hecho, estaba indefensa y sola. Era una sonrisa espeluznante, le faltaban algunos dientes y los que tenía se veían amarillos, estaba llena de verrugas por la cara, tenía una cerca del ojo que le impedía abrirlo completamente y me di cuenta de su jorobada. Apunto estaba de girarme sobre mis pasos cuando salió otra mujer, una más joven.

— Abuela, déjala, de seguro es otra investigadora — dijo mientras me veía de arriba a abajo con desprecio.

— No seas tonta, niña ¿cuándo has visto una investigadora con tacones y embarazada? Somos más peligrosas nosotras para ella que ella para nosotras, mírala, está a punto de llorar de miedo — dijo mientras se adelantaba hacia mí. Me tomó del brazo y comenzó a guiarme al callejón.



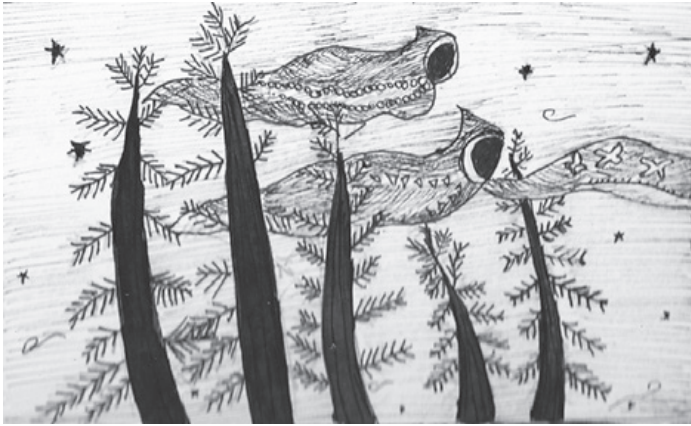
Al verla de cerca no era aterradora, se veía como una abuela común que en cualquier momento iba a ofrecerme galletas, incluso tenía un agradable olor a naranja. Viéndola de esa manera perdía el misterio y miedo que las brujas me habían provocado, no solo en mi infancia sino hasta hace unos minutos en la conferencia. Me tranquilicé inmediatamente y me dejé llevar por la adorable señora.

A cada paso que avanzábamos se veía menos como un callejón y más como un túnel, el sonido rítmico de mis tacones era lo único que escuchaba, nadie hablaba, y yo no quería ser la primera por respeto y miedo. Sentí que habíamos caminado bastante, mis pies me lo advertían, de repente sopló una brisa e inmediatamente busqué de dónde provenía. De pronto comenzó a verse un poco de luz y aumentó gradualmente hasta deslumbrarme; empecé a parpadear para ajustar mis ojos, nunca había visto nada tan iluminado antes.

Salía muy poco de la ciudad, estaba acostumbrada a estar rodeada de edificios monumentales que siempre bloquean la luz del sol, así que cuando vi una pradera delante de mí quedé asombrada, no estaba habituada a tanta vegetación. Volteé la mirada tras de mí y acababa de salir de un túnel tan largo que hacía ver a la ciudad como una mancha a lo lejos.

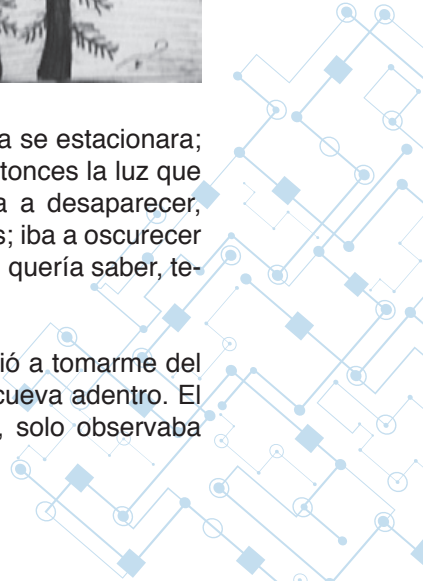
A un costado de la salida del túnel había una camioneta, todas estaban subiendo, yo seguía tomada al brazo de la anciana así que tiró ligeramente de mí para que también subiera. Ya dentro pude observar mejor los rostros de las brujas, se habían descubierto la cara y a decir verdad fue

decepcionante. Siempre escuché esas terribles historias que creaban un mito alrededor de ellas, pero no parecían ni más locas, ni menos humanas que yo. Aún así, me producían un sentimiento de veneración por lo que guardé silencio y observé por la ventana. Pronto la predera se volvió el bosque



pasó un largo rato hasta que la camioneta se estacionara; estábamos en medio de la nada. Para entonces la luz que tanto me había impresionado empezaba a desaparecer, los azules del cielo se convertían en rosas; iba a oscurecer pronto. Estaba como embrujada por ellas, quería saber, tenía ansia de respuestas.

Vi una especie de cueva, la anciana volvió a tomarme del brazo para ayudarme a bajar y me guió cueva adentro. El interior era una gruta húmeda y oscura, solo observaba



estalactitas colgando del techo; en ese momento volví a sentir miedo, estaba frío, no veía nada delante de mí nariz. Alguien prendió una lámpara de queroseno, lo cual dió un toque de misticismo al ambiente y todas en fila india avanzaron, igual que cuando salieron de la conferencia. La anciana era la segunda en la fila, periódicamente volteaba a verme y me sonreía mientras palmeaba mi mano en un modo rítmico, me sentí relajada, era una como un arrullo para mí. Vislumbé una especie de cuartel, era un espacio amplio y tenuemente iluminado donde había muebles bastante rústicos, este estaba rodeado por varias cuevas, que asumí eran los hogares de cada una, mientras que en el centro se encontraba una cocina, algunas mecedoras y almohadas sobre una alfombra. Yo ya no sentía frío ni humedad, por el contrario, me sentí como en casa.

Al acercarnos comenzaron a salir más y más mujeres que corrieron a nuestro encuentro, sé que debería haber estado aterrada, claramente me encontraba en desventaja si la situación se tornara peligrosa, pero no tenía miedo alguno, sabía que ahí estaba a salvo, más segura que en la ciudad, y por ende más segura que en toda mi vida.



Todas corrían emocionadas y comenzaron a juntarse en el centro, había mujeres de todas las edades, creí que nadie me había notado pero una mujer me ofreció un asiento en la mesa y me sirvieron de comer como si siempre hubiese vivido ahí, la anciana jamás me dejó sola. Me sentí culpable de haber dudado de su bondad cuando ellas me estaban recibiendo en su mesa sin preguntar nada; aunque aún quedaba la posibilidad que fueran brujas engordando la carnada como en *Hansel & Gretel*.

Se formó un bullicio en la comida, todas hablaban y contaban cómo les había ido en la ciudad, estaba concentrada en mi plato esforzándome para pasar desapercibida, una mujer con sonrisa amable volteó a verme, luego pasó su vista a la anciana y dijo riendo:

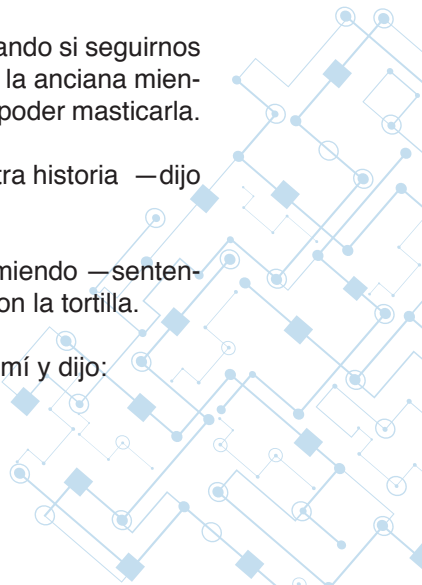
—Ya veo que trajiste un souvenir.

—No la molestes, estaba asustada y dudando si seguirnos o no, yo solo le dí un empujón —contestó la anciana mientras remojaba una tortilla en la sopa para poder masticarla.

—Entonces, ya le has contado toda nuestra historia —dijo la señora con orgullo.

—No, no ha habido tiempo y estamos comiendo —sentenció la abuela mientras seguía peleando con la tortilla.

La mujer la ignoró sonriendo, se dirigió a mí y dijo:



—No le hagas mucho caso, siempre es así de huraña pero no se le puede decir nada, según dicen que es porque es sabia, pero yo digo que es porque es adorable ver a una abuela así de bonita, por eso le perdonamos todo... por cierto, soy Greta.

La anciana hizo un bufido de desaprobación y tomó otra tortilla, yo sonreí porque había algo de cierto en el comentario.

—Ves, la acabas de conocer y ya lo notaste. Sonríe más, siempre es mejor la vida sonriendo, pero vamos, debes tener mil preguntas y esta señora te está haciendo comer ansias, pregunta algo, no seas tan cortés.

En se momento me quedé muda, habían pasado mil preguntas por mi cabeza pero ahora que tenía cheque en blanco delante de mí, no supe qué podía o no preguntar. Miré a la mujer, tenía unos pequeños ojos brillantes y los labios contraídos formando una diminuta sonrisa, me dió confianza su expresión y por ello empecé:

—¿Por qué el disfraz? Que diga, el uniforme —preguté señalando una túnica azul que descansaba en la mecedora, temí haber metido la pata.

—¡Oh, cariño, tranquila! No has dicho nada malo, no vamos por la vida con la túnica, es poco ergonómica. Todo nuestro vestuario representa a la sacerdotisa —dijo mientras me extendía una carta de tarot. Mi cara de confusión fue notoria porque continuó explicando.

—La sacerdotisa es una carta sumamente espiritual, representa a la madre, la creación, la pureza de la sabiduría espiritual. Según cómo se oriente la carta es lo que significa, al derecho es la intuición, el subconsciente, al reverso es la cautela, lo oculto, y nosotras somos ambas.

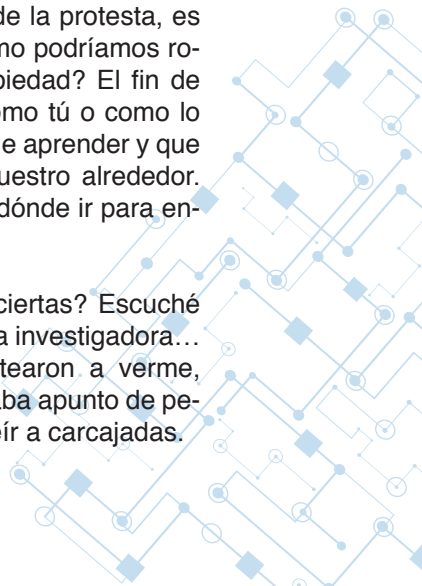
—Pero ustedes no se esconden, siempre salen en público
—contesté confundida.

—Claro que nos escondemos, apuesto que te has cruzado con más de una de nosotras en la calle, nos mezclamos entre ustedes.

—Pensé que vivían aquí. Si están en la ciudad ¿por qué no protestan más seguido?

—Algunas vivimos aquí, lo bello es que jamás nos obligamos a nada. Si quieres ir y venir diario o solo cuando hacemos algún aquelarre, puedes hacerlo, somos libres de sentir y vivir lo que querramos. La cosa de la protesta, es que nunca nos tomarían en cuenta. ¿Cómo podríamos rogar dulzura a un pueblo que no siente piedad? El fin de la protesta es encontrar a otras, otras como tú o como lo fuimos nosotras: mujeres con curiosidad de aprender y que no temen de las historias que giran a nuestro alrededor. Siempre que exista una mujer así, sabrá dónde ir para encontrarnos.

—¡Cierto, las historias! ¿Qué tanto son ciertas? Escuché que mandan cartas de amenaza y que una investigadora...
—Callé abruptamente porque todas voltearon a verme, sentí como subía la sangre a mi cara, estaba apunto de pedir perdón cuando todas comenzaron a reír a carcajadas.



—Te puedo asegurar que la investigadora sigue viva —exclamó aún riendo una mujer jovial sentada al otro lado de la mesa.

—¿Disculpa? -pregunté a modo de poder ampliar su comentario.

—Estoy tan segura de que sigue viva como de que yo lo estoy, y eso es porque somos la misma persona. Mucho gusto, soy Lucy y hace años T-Hormone me contrató para investigar a las temibles brujas, pero lo que encontré fueron mujeres fuertes con mucho espíritu; cuando me dí cuenta, ya no me quería ir... entonces no lo hice -dijo la mujer con una sonrisa.

—¿O sea que las cartas de amenaza son falsas?

—Si y no, las cartas existen, las mandamos nosotras, pero solo es cuando una mujer quiere huir de casa y sabe que no hay otra vía posible. Velo como una auto-salvación. Yo escribí la mía hace unos tres años -contó una niña no más grande que mis alumnas de preparatoria.

—Vaya, entonces son unas heroínas -exclamé fascinada.

—¡No! -gritó la anciana que me había acompañado

—¡No somos heroínas, ni villanas, ni nada de eso!



¡Somos humanas! Sabemos hay cosas malas que hemos hecho, pero también hacemos cosas buenas. ¡Queremos darle la oportunidad a todos de elegir sentir o no! nosotras tenemos ese ideal, creemos que es lo correcto. ¡Pero eso no nos vuelve heroínas! ¡Así que no nos pongas en un pedestal!

Para cuando terminó de hablar su cara estaba enrojecida y se sentí el cambio en la atmósfera, podría escuchar un alfiler caer; me sentí incómoda, no sabía qué había dicho mal, empezaron a brotar lágrimas de mis ojos, lo había arruinado todo; me sentí aún peor cuando el silencio se comenzó a romper, ahora todas estaban murmurando, incluso la anciana me estaba observando confundida.

—¡Cariño, estás llorando! —dijo Greta mientras me abrazaba.

—Si, perdón, solo necesito un segundo para calmarme, es solo que no quiero arruinar esto —dije mientras me limpiaba las lágrimas con mi abrigo.

—¡Jamás te disculpes por llorar! Me refiero a que estas llorando, aunque tienes puesto el implante.

No había notado eso, en realidad toda la tarde había estado teniendo emociones pero esto era la culminación, no había llorado nunca por un motivo. Sabía qué era llorar, T-Hormone nos daba un programa donde asignaba fechas en las que serían liberadas lágrimas para lubricar naturalmente nuestros ojos, o con las embarazadas para liberar un poco la carga hormonal, pero jamás lo hacíamos a voluntad.

—Ahora tengo más dudas, ya no sé ni qué preguntar y ustedes son tan amables conmigo —dije mientras volvía a llorar, ya no sabía ni por qué lloraba pero parecía que había estado guardando tanto por tanto tiempo y ahora era momento de que todo fluyera.

—Yo te explico, ya lo he estudiado bastante —se adelantó Lucy, la ex investigadora—. El implante es una aguja que va directo al hipotálamo, desde ahí se conecta a todo el sistema límbico y modifica las hormonas naturales por hormonas sintéticas. El implante había sido creado para detener la menstruación y cambios hormonales bruscos en las mujeres a través de hormonas sintéticas de estrógenos y progesterona; estas cumplían solo con su función bioló-

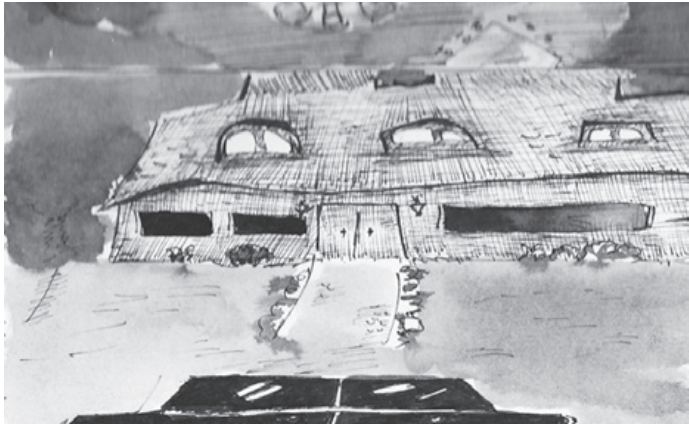
gica en el organismo femenino, suprimiendo la respuesta emocional que causaban. Poco a poco el implante se extendió a hormonas como oxitocina o dopamina donde las hormonas sintéticas efectuaban las funciones básicas de homeostasis sin tener un efecto en el sistema límbico y con esto el implante se extendió al uso de la población. Al inicio solo accedían al implante los ricos despechados, después se volvió una opción para el tratamiento de la depresión, pero cuando se observó que mejoraba el rendimiento laboral y concentración, fue cuando más personas lo vieron con buenos ojos. Hasta el día de hoy donde se implanta apenas nacer. Eso es lo técnico, pero lo que hemos visto es que como son controlados vía remota, al estar en estas grutas la señal se obstaculiza un poco y por ello quienes tienen el implante pueden expresar emociones aquí, algunas brujas los usan aún, son las que vienen a los aquelarres solamente, otras nos los quitamos; si vivimos y trabajamos en el coven no hace falta pero si trabajan en la ciudad usan un implante falso y aprenden a controlar sus emociones para no expresarlas. Aunque claro que sugerimos quitarlos, nosotras como brujas sabemos que tener el implante causa mucho daño a tu sistema inmune, y enfermedades que ahora vemos comunes en el mundo exterior no lo serían si no fuera por el uso del implante.

Ya no tenía dudas, solo una pregunta: ¿por qué nos dejamos? Lo aceptamos sin darnos cuenta de lo que perdemos.

Ya era tarde, debía regresar, un grupo me haría el favor de acompañarme hasta la ciudad, pero antes de salir sabía que había encontrado mi hogar así que hice la mayor locura (o lo primero sensato) en mi vida, pedí que me retiraran el implante. Ninguna se sorprendió, sino que respetaron mi

decisión y lo quitaron y pusieron uno falso, al salir del túnel me sentía como si hubiese vuelto a nacer, ahora tenía un lugar en el mundo. Mi carro estaba aparcado afuera, no pregunté si habían sido ellas o como lo habían hecho, solo me despedí abrazando a cada una y subí al carro. Mientras andaba camino a casa me sentía pequeña entre tantos edificios, también me sentí sola, no había estrellas como las que había visto al salir de las grutas. Era la primera vez que me daba cuenta cuán sola había estado todo este tiempo.

Abrí la puerta de la casa y mi esposo estaba esperando. En una voz robótica me preguntó dónde había estado, mientras yo me preguntaba si su voz había sido siempre así de plana. No recuerdo qué le dije pero fue una mala mentira porque sentí que no me había creído, aún así no dijo nada y continué con mi vida, solo que ya no podía llamarle “mi



vida”; sentía que la realidad estaba afuera de la ciudad con el coven y el tiempo antes de ellas había sido un sueño del cual apenas había despertado.

Mi embarazo iba al final del octavo mes, seguí reuniéndome con las brujas en mis días libres. Me enseñaron cosas tan simples como respirar para controlar mis emociones, a sentir las pataditas de mi bebé; siempre pateaba cuando estábamos en las grutas, parecía gustarle ahí y qué bueno, porque estábamos planeando nuestra huida. No quería que mi hija creciera en un lugar como la ciudad o el mundo fuera del coven, alguien tan pequeño, inocente y frágil no debía estar en una sociedad así, yo quería protegerla.

El plan era simple, una de las brujas llevaría mi parto, ella era enfermera en el hospital donde daría a luz; yo pediría ver a mi bebé unas horas después del parto en los cuneros y ella se encargaría de sacarnos a mí y a mi niña para traernos al coven; nos esfumaríamos para siempre como por arte de magia.

Estaba emocionada por ser madre, si bien al inicio se planeó mi embarazo como el complemento para ser la típica familia de revista, había aprendido cuanto quería compartir mi conocimiento y experiencia a otra persona; una personalidad que sería parte de mí, no porque la hubiese parido sino porque la amaba. Por primera vez sentí amor y ni conocía el rostro de quien estaba segura ya era el amor de mi vida.

Todo marchaba bien, mi esposo no preguntaba nunca donde había estado, eso me daba cierta confianza en ir y venir del coven cuando quisiera, grave error.

Una noche al abrir la puerta ví la casa en penumbra, sólo había un tenue resplandor que seguí al entrar, era mi esposo sentado en el sillón con la lámpara de lectura encendida.

— ¿Dónde has estado? -preguntó ausente.

— En la escuela, estuve calificando exámenes finales y se me fue el tiempo.

— ¿Acaso me veo estúpido?

— ¿De qué hablas? No eres ningún estúpido -dije con ternura. Cuando fui consciente de mis emociones me di cuenta que quería al hombre con quien me casé; no lo amaba, estaba segura de eso, pero en la monotonía había llegado a apreciarlo, era una lástima que él fuera incapaz de sentir emociones, tal vez así hubiéramos construido eso llamado amor.

— ¡Me estas diciendo estúpido justo en este momento! Llamé a tu trabajo y me dijeron que no estabas.

— Perdón, sí salí antes pero fui a tomar un café, quería un momento a solas.

— ¡Y sigues mintiendo! No dije que marqué hoy. ¡Marqué hace semanas! y cada noche te preguntaba y seguías diciendo la misma mentira; tuve que seguirte ¡Y ya sé a dónde vas! ¡Te vas con esas locas! ¿Y sabes lo que más me preocupa? ¡Tu descaro! ¡Si yo pude seguirte cualquiera podría hacerlo! ¿Sabes qué dirían de ti nuestros conocidos

si te vieran? ¿Sabes qué dirían de mí?

Me quedé muda, no lucía enojado; todo lo que había dicho era hiriente y grosero, pero ni siquiera levantó la voz a modo de enojo, solo la levantó como si deseara escucharse por encima de mis pensamientos y ni así lo logró. ¿Tenía que seguirme? ¿Qué significaba eso? ¿Acaso tenía el derecho a? Me ofendió, y me hirió cuando me dí cuenta que todo el escándalo no era por mí, sino por él, por cómo le afectarían a él mis decisiones. Pensé rápido y tomé una decisión.

—Perdón, no sabía lo que hacía, fueron las hormonas del embarazo, lamento haber puesto tu credibilidad en riesgo -dije con un evidente sarcasmo; pero él era incapaz de notar humor en la voz, solamente asintió dando a entender que aceptaba mi disculpa y caminó al dormitorio.

Me sorprendí por lo fácil que fue persuadirlo, pensé que debía tener más cuidado de ahora en adelante; acordé no ver más a las brujas hasta el parto pero les hice llegar la noticia de lo sucedido y afirmar que el plan seguía en pie. Ellas amablemente me mandaron té para aliviar mi dolor, eran sabias con las plantas.

Finalmente llegó el día, justamente preparándome de desayunar sentí como se rompió mi fuente, tranquilamente marqué a mi esposo y fuimos al hospital. Es injusto decir que fue el peor momento de mi vida aunque estoy segura no fue el mejor. Estuve dentro de la sala horas, o tal vez minutos, no tenía idea de lo que pasaba a mi alrededor: todos gritaban, algunos dando órdenes, otros motivando;

y más tarde escuché unos gritos, unos muy agudos: era un llanto. Todo había pasado, había dado a luz, estaba confundida, no sabía siquiera si había pujado o no, ya ni recordaba si había dolido, solo quería ver a mi bebé, pedí lo llevaran a mí y cuando me la entregaron, comencé a llorar: las lágrimas se mezclaban con mi sudor así que nadie lo notó, traté de controlarme, de dejar de llorar, pero verla ahí, tan pequeña, tan indefensa, tan mía.

Quería que mi bruja-partera la conociera pero no estaba en la sala; algo no me gustaba de aquello, pregunté si todo el personal que había asistido mi parto seguía en la sala pero nadie me contestó, era una pregunta irrelevante a los ojos de los demás. Temía que el plan se hubiera cancelado, comencé a hiperventilarme, una enfermera lo notó y me arrebató a mi bebé con el pretexto de que podía ponerla en peligro en mi situación pero ¿cómo iba ponerla en peligro si era a quien más amaba?

Antes de poder impedirlo sacaron un sedante, comencé a gritar suplicando no me lo inyectaran, sentía mis párpados cada vez más pesados. Había arruinado todo, alguien con implante no hubiera gritado así, trataba de luchar, de resistirme al sedante; había logrado vencer al implante, podría lograrlo con el sedante.

No lo logré.

Desperté deslumbrada por la luz, pero no era el tipo de luminosidad de la pradera, era una luz blanca que confundía la vista, luz de hospital. Estaba recostada en una cama, confundida, adolorida como si me hubieran atropellado.

Entró una enfermera, pedí ver a mi bebé, me sonrió hipócritamente y asintió, echó un vistazo a mi suero y salió. Me di cuenta de algo. No estaba en el área de maternidad.

Era ahora o nunca, me arranqué el maldito suero y salí rumbo a los cueros, no sé si parecía una loca, pero como nadie me detuvo en mi camino de seguro era una loca muy convincente. Busqué con la mirada pero no vi mi nombre en ninguna cuna, estaba entrando en pánico otra vez.

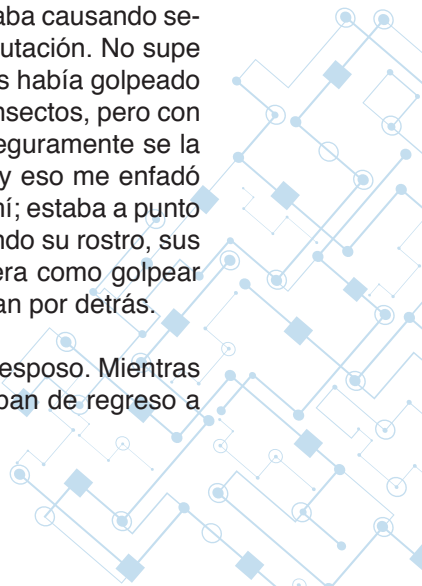
—No está aquí -susurró una voz detrás de mí.

Me giré y vi a mi esposo. Vio mi cara de horror, iba a comenzar a gritar, lo notó, por ello comenzó a hablar.

-Supe todo, no soy imbécil, aunque tú lo creas. ¿Crees que te iba a dejar desaparecer así como así? Planeabas humillarme.

Aún después de todo el dolor que me estaba causando seguía tratándose de él, solo de él y su reputación. No supe controlarme, me abalancé sobre él, jamás había golpeado a alguien, ni siquiera me gustaba matar insectos, pero con la vida de mi hija nadie iba a meterse, seguramente se la habían llevado para ponerle el implante y eso me enfadó aún más que si la hubiera escondido de mí; estaba a punto de condenarla. Estaba sobre de él rasgando su rostro, sus brazos, él ni siquiera estaba peleando, era como golpear un saco de papas. Sentí que me sujetaban por detrás.

—¿La conoce? -preguntó un doctor a mí esposo. Mientras dos enfermeras me sujetaban y arrastraban de regreso a la habitación.



—Nunca la había visto, yo estaba en los cuneros esperando trajeran a mi hija cuando ella llegó y se me abalanzó.

—Una disculpa por lo sucedido, a veces algunos pacientes del área de psiquiatría vagan por el hospital. A algunos bebés se les está colocando el implante. Felicidades a usted y so90u esposa por la bebé.

—Gracias pero es solo a mí, mi esposa falleció en el parto
—sentenció mi esposo.

Me estaban arrastrando las enfermeras, estaba desconcertada, absolutamente sorprendida de hasta dónde había llegado para proteger su reputación, acaba de matarme, ahí, frente a mí, había desaparecido. No puse más resistencia, no era necesario ya, ni siquiera existía. Pensaba en lo raro que es que sigan “felicitando” cuando nadie siente felicidad aquí; es sorprendente las cosas que se quedan como costumbre.

Me llevaron de regreso al cuarto de donde salí, me habían sedado de nuevo y ya estaba haciendo efecto, lo acepté pacíficamente, no perdía nada porque de alguna u otra manera, ya estaba muerta.

Empecé a tener sueños. Me veía arrodillada frente a la taza del baño, tenía náuseas, vestía mi ropa de trabajo; miré abajo, aún estaba embarazada: comencé a vomitar, de mi boca salía una serpiente, se deslizaba por mi barbilla hasta mi cuello, caía a la taza, una vez ahí se enrollaba sobre sí misma poco a poco, me era imposible respirar,

sentía que otra serpiente estaba por salir de mi boca, me estaba ahogando, obstruía mi garganta para poder salir, me estaba asfixiando, la serpiente luchaba por salir a reunirse con su compañera, mientras la otra comenzaba a deslizarse fuera de la taza, se erguía cada vez más, hasta que nuestras miradas se encontraron y me vi reflejada en ella. Éramos iguales.

Quiero despertar, estoy viviendo una pesadilla, me fuerzo a abrir los ojos. Estoy en un lugar oscuro, escucho voces, voces masculinas. Todo se evapora, más bien se une. Ahora estoy consciente, el recuerdo de mi abuela se esfuma. Había sentido su dolor porque lo viví, tantas veces nos contó la historia de cómo y por qué llegó al coven, pero hasta ahora comprendí, experimenté su dolor, todo lo que tuvo que atravesar para llegar con nosotras; y todo lo que tuvo que dejar por la causa.

—Mira, ya despertó nuestra muchachita -dice una de las voces masculinas.

—¡Oh, es cierto! Qué bonitos ojos tienes, sobretodo cuando se te ve el miedo -contesta el otro mientras se hincaba para mirarme de frente: él es quien me disparó.

Al recordar su cara siento asco y le escupo, me van a matar de todos modos.

—Tranquila Clarita, estamos del mismo lado -dice uno de ellos sonriendo.

— ¿Qué? ¿Cómo sabes mi nombre? -pregunto.

— Porque las hemos seguido, nosotros también queremos robar los datos de T-Hormone, vimos que se nos estaban adelantando y hablamos con su líder... ¿Cómo se llama? ¿Lidia? Pero se negó, querían todo para ustedes, así que... esto es un secuestro, Clara —susurra maliciosamente a mi oído.

Maravilloso, voy a morir a manos de unos estúpidos que creen estar haciendo el negocio de sus vidas: intercambiar mi vida por información de perfiles hormonales. Si les digo la verdad de nuestro plan podrían arruinarlo, no sé cuánto tiempo ha pasado ni donde estoy, no puedo arriesgar a mis hermanas así, mi única opción es pelear para resistir. Sin dudar un segundo más me empujo hacia delante y le doy un cabezazo a uno de ellos, en venganza por dispararme, cae al suelo.

— ¡No estés jodiendo! -grita el otro y pateo mi cara.

Pierdo el conocimiento.

La serpiente era la tentación, la tentación en que yo había caído, seducida por el conocimiento, y ahora lo había perdido todo. Deseaba luchar por mí y mi hija pero ahora me la habían arrebatado a ella y a mí identidad. Ahora ambas estábamos solas, la serpiente y yo. Al final todos me había abandonado, las brujas me habían abandonado. En el cuarto del hospital sucumbí a mis lamentos, estaba dispuesta a morir de tristeza.

Todo mi cuerpo duele, es algo obvio, pero al pensarlo siento se vuelve más tangible, más real; y si es real puedo controlarlo. No quiero hablar con ellos por miedo a delatar a mis hermanas, tampoco puedo hacerlo, pues mi mejilla se está hinchando por la patada.



Ahora hay un foco en el techo, estoy en un sótano, creo, se ve sucio, ya es de noche. Ya debería haberse concretado el plan, pero no siento ningún cambio, posiblemente porque estoy encerrada aquí abajo. Mi abuela decía que en los peores tiempos es cuando se deben tener los mejores pensamientos, mis mejores pensamientos son los recuerdos, con ella y mis hermanas, sé que eso me lo decía no como una frase de libro sino como una táctica para evadir el dolor, por si alguna vez me llegaban a lastimar no mostrara sufrimiento alguno. Quiero recordar los momentos con mis hermanas, pero mi pensamiento regresa a la duda

de si ellas estarán bien, si sobrevivieron. Debo relajarme y dejar volar mi mente.

Mientras la alucinación con serpientes se disipaba me sentí en movimiento, abrí los ojos, estaba a oscuras, en la parte trasera de un carro; era mi carro. Al volante iba alguien pero no distinguía bien quien era.

—Lo siento, en verdad lo lamento —dijo una voz femenina.

La reconocí de inmediato, era Lucy, la ex investigadora. Sentí alivio, no estaba sola, nunca lo había estado desde que las encontré. Estaba viva, comencé a llorar por la felicidad de seguir viva y por la tristeza de sospechar que mi bebé no estaba dentro del carro. Como si me hubiera leído el pensamiento, me dijo:

—Tu esposo la tiene, no pudimos sacarla, apenas pudimos sacarte a ti, él quería...bueno, eso ya no importa, estás a salvo. Vamos al coven, ahí sanarás y después veremos qué hacer.

El carro zigzagueaba, Lucy temblaba, no sabía qué había tenido que hacer para sacarme del hospital y nunca lo supe. A la mañana siguiente yo estaba llena de moretones en la cara, el estómago y la entrepierna, Lucy también tenía un ojo morado. Me cuidó por días, a veces lloraba cuando me creía dormida, no sé si porque creía que moriría o por todo lo que yo había perdido. Me había fracturado ambas piernas y no pude caminar por meses. Jamás me rendí: sabía que mis primeros pasos serían rumbo a la ciudad para recuperar a mi hija. Lo único que podía hacer

ahora era soñar.

Bajan los hombres al sótano.

—Niña, nos estás colmando la paciencia. Es momento de que nos transfieran la información que recolectaron en T-Hormone -dice uno de ellos mientras me lanzaba mi maletín.

Al interior está mi computadora y la píldora.

—No te emociones, es para que nos des la información, solo mándala y eres libre, podrás salir caminando de aquí —amenaza uno de los hombres mientras se sienta a mi lado para ver cualquier movimiento que haga.

Levanto la pantalla de la laptop y discretamente guardo la píldora en mi chaleco mientras enciendo la computadora. Se había mandado el mensaje de peligro, mis hermanas sabían que estaba en riesgo, pero no había llegado respuesta de ellas. Estoy confundida, sé que no me abandonaron, pero si no hay respuesta, tal vez ellas también están en peligro o estuvieron en peligro y ya están muertas. Comienzo a dudar de todo, estoy dispuesta a morir por la causa pero no quiero sobrevivir si mis hermanas no lo hacen.

Debo calmarme, o esto va a salir mal, tengo que respirar profundamente y seguir. Inhalo.

Sanar mis heridas fue la parte sencilla, lo difícil fue esperar, quería salir corriendo por mi hija, pero estuve meses sanando y meses preparando mi mente. Sabía que se habían

mudado de casa y que mi funeral fue conmovedor.

Por fin llegó el día de volver por mi hija, por fin iba a verla, ella ya caminaba, igual que yo.

Me había resignado a no traerla conmigo, al menos no por ahora. El implante era como un rastreador, sabrían que estaba aquí y en alguien tan pequeño jamás se había tratado de extraer un dispositivo, no la podía arriesgar así; el amor también se trata de dejar ir, yo sabía que eventualmente iba a volver a mí.

En ese momento le llevaba un regalo, era su primer cumpleaños y el aniversario de mi muerte. Era la primera vez que iba a la ciudad desde aquel día, tenía miedo de pasar una revisión en la caseta, pero una mujer bien vestida no levanta sospechas. Manejé hasta la nueva casa, bajé del carro; como si nada recorrí el camino a la puerta, toqué el timbre, dejé la caja de regalo en el suelo y un sobre con una carta dirigida al viudo del hogar. Caminé de regreso al carro, esperé a que la puerta se abriera, fue la primera vez que vi claramente a mi hija, iba en los brazos de su padre, quien al ver la carta reconoció mi caligrafía y levantó la mirada buscándome. Bajé el vidrio, extendí la mano a modo de saludo y avancé por la calle de regreso al coven.

La carta decía (palabras más, palabras menos) que yo iba a mandar regalos y ver a mi hija cuando quisiera porque, a pesar de estar muerta, seguía siendo su madre. Él lo iba a permitir porque si no yo iba a salir a armar un escándalo para que todos supieran que seguía viva y así arruinar su reputación tan preciada. Nunca recibí una respuesta por lo

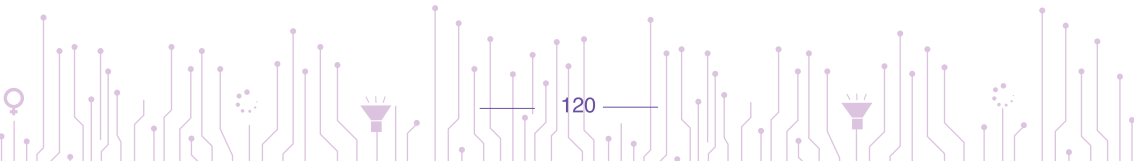
que entendí que se había resignado. Así fue como comencé a visitar a mi bebé de vez en cuando y cada cumpleaños le llevaba algún regalo. Fueron los años más difíciles: siempre ansiaba llegar a verla, cada que iba camino a la casa me sentía embargada en felicidad, pero al dejarla pasaba días llorando en el coven. Muchas veces me recomendaron que ya no fuera más y esperara a que creciera para poder traerla, pero yo no entendía de razones: quería ver a mi hija. En ese momento creía nada lo iba a impedir, pero en el fondo me dolía verla, porque cada vez actuaba más roboticamente, era más como su padre. Como todos en ese mundo ahora tan ajeno a mí. Finalmente llegó el día en que no tenía emoción alguna y creía su tía (así me presenté a ella) era una loca; creció frente a mis ojos pero ahora ella sospechaba que yo era una bruja, ya había escuchado los famosos cuentos en la escuela. Ella no quería relación alguna con una bruja, ha de haber creído que la quería secuestrar o algo peor; poco a poco se alejaba de mí, parecía tenerme miedo. Hasta que un día no quiso recibirme más, pensé era una treta de su padre, estaba por reclamar cuando ella apareció detrás de él y como si nada dijo: “sé que eres una bruja, ahora déjame en paz, no quiero saber nada más de ti” y azotó la puerta. Fueron unas palabras vacías de sentimiento, esperaba al menos un discurso, un poco de odio, pero ni siquiera eso recibí.

Cada palabra se me quedó grabada en la mente, había luchado por ver a mi hija pero ella no quería que luchara más, era algo que temí tanto que jamás lo había pensado. Sin embargo cuando pasó me pareció muy lógico y me culpé por no haberlo visto venir antes. La amo mucho así que no me quedó otra más que respetar su decisión, le seguí

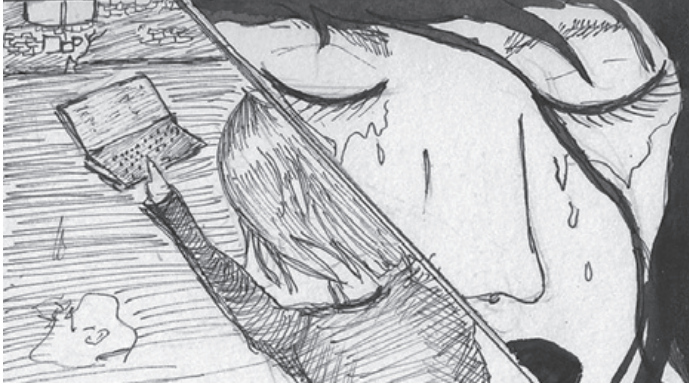
enviando regalos cada cumpleaños, hasta sus veintisiete años cuando se casó. En ese momento me hizo llegar una carta pidiendo que dejara de enviar los regalos porque no quería dar a su esposo explicaciones sobre mí. Renuncié a ella en ese momento, había rogado desesperadamente a la diosa para que me devolviera a mi hija. Si no lo había conseguido en veintisiete años probablemente no pasaría nunca, aunque sabes lo que dicen, cuidado con lo que pides. Al final creo que hubiera preferido no verla jamás a que la diosa me la regresara así...

Exhalo. Solo hay dos respuestas para no tener ningún mensaje de mis hermanas, o se esconden o están muertas. Me siento culpable de desear el fracaso de la misión que planeamos toda nuestras vidas, pero no puedo ni imaginarlas muertas; si sobrevivimos todas, podemos volver a planear algo. Aunque pensándolo bien, si no somos nosotras, alguien más lo hará. Nosotras somos parte de la resistencia, no la resistencia entera.

Espero a que cargue la red para verificar si hay algo que me indique el éxito o fracaso, se supone nos mantendremos en contacto independientemente del resultado. No hay nada, ninguna señal de parte de ellas, supongo que no resultó nuestro plan. Aún puedo meterme directo a los servidores de T-Hormone a verificar; si todavía puedo controlar los niveles de los trabajadores significa que fracasamos y le tendría que dar los datos de los perfiles a estos tipos, pero si por el contrario no puedo controlarlos, significa que triunfamos y ya me preocuparé después de que hacer. Es la única opción, voy a intentar acceder.



Tampoco carga, no hay conexión a la red aquí abajo. ¡Por eso no puedo ni recibir mensajes, ni acceder a la base de datos de T-Hormone! Aún hay esperanza. Ellos tampoco deben saber nada de lo que está pasando en el mundo exterior, podría o no haber resultado.



Ahora es cuando debo pensar con mucho cuidado, aviso que no hay conexión a la red y cierro los ojos para meditar mi siguiente movimiento.

Presto atención ya no a decidir mis acciones, sino al entorno: estoy en un sótano, sí, pero hay una ventana, una pequeña ventana, se escucha ruido, como si gritaran, afuera hay personas discutiendo ¿Será posible que hayamos triunfado? Las personas jamás pelean aquí, no tienen la suficiente ira para hacerlo. Presto mayor atención, en realidad parecen voces humanas y suenan alteradas, no sé si estoy alucinando o no pero es momento de dar mi voto de confianza a mi entorno. Es momento de soltar todos mis pensamientos, nunca creí que unos posibles gritos me hicieran tan feliz, en el coven siempre me enojaba al oír gritos, pero que aquí en la ciudad alguien discuta me parece como si fuera música.

Justo aquí y ahora, me entrego por completo: así como mi abuela renunció a su identidad y mi madre también lo hizo al final de su vida, de la misma manera yo entrego mi vida a la causa.

Los dos hombres que me trajeron son unos idiotas que creyeron poder aprovecharse de unas mujeres con iniciativa; ellos salieron del cuarto para ver si pueden restaurar la red, por eso sé es el momento. Sin dudarle un segundo tomo la cápsula de mi bolsillo, escribo un mensaje que recibirán mis hermanas (siempre y cuando se restaure la red) e ingero la cápsula con cianuro.

Al final mi muerte será desafortunada, simplemente me tocó la mala suerte de toparme con estos hombres, en todo caso no me queda otra salida porque sé cuán agresivos pueden volverse, especialmente ahora que creo que pueden expresar emociones, tal vez por ello me golpearon, porque me odian y el odio es un sentimiento, aunque no mi favorito.

Mi respiración comienza a agitarse, sería bueno elegir un buen recuerdo antes de partir a mi otra vida. Elijo uno borroso: el de mi madre, no recuerdo mucho sobre ella, mi abuela nunca me contó bien esa historia, le dolía hablar sobre ello. Al parecer mamá al embarazarse tuvo complicaciones con el dispositivo y enfermó, en ese momento se dio cuenta cuan mal me haría crecer en un hogar donde ella estaba muriendo y su marido no sentía compasión ante ello. Por eso, como descendiente de una familia de locas, huyó. Corrí a buscar a su “tía” siguiendo exactamente los mismos pasos que mi abuela había seguido hacía tantos

años; la diferencia fue que una vez ella llegó al coven, jamás regresó a su casa. Las brujas le proporcionamos los mejores cuidados, fue ahí donde encontró a otras mujeres que también estaban embarazadas, y como un milagro todas dieron a luz el mismo día: ese día nacimos Lidia, Ana, Ramona y yo, desde ese momento fuimos inseparables. Mi mamá siguió empeorando y finalmente falleció.

Al pensar la historia siento debe ser más dramática o debo sentir más tristeza con su muerte pero ni siquiera recuerdo su cara, la amo, claro que la amo, pero no puedo sentir su muerte si no la conocí en vida, quizá ahora la conozca más, en mi siguiente vida podríamos ser hermanas o mejores amigas.

Siento un mareo terrible, sé que estoy por perder el conocimiento, al final jamás sabré si vencimos o no a T-Hormone pero ya no me importa, si no soy yo, si no somos nosotras, alguien más lo hará, quizá será alguien fuera del coven, de las brujas, de la galaxia. Para levantarse contra las injusticias no existe un perfil.

Voy a morir y soy revolucionaria pero no soy la revolución, por eso aunque yo muera la revolución continuará allá afuera.





Distopía Feminista, 2021

Autoras:

Amalia Jiménez Galán

Eliana Carolina Carrillo

Carol Cipactli Caracol

Emilia Hera

C.S Yerena

Ilustradoras:

Emilia Hera

Pilar Emitxin

Daniela Martínez Zamora

Rebeca García Peña

Pía Gómez Rojas

Editoras

Adriana Ayala

Amalia Jiménez

Camila Arce

Diseño editorial

Rebeca García Peña

Coordinadora:

Gabriela Gutiérrez González

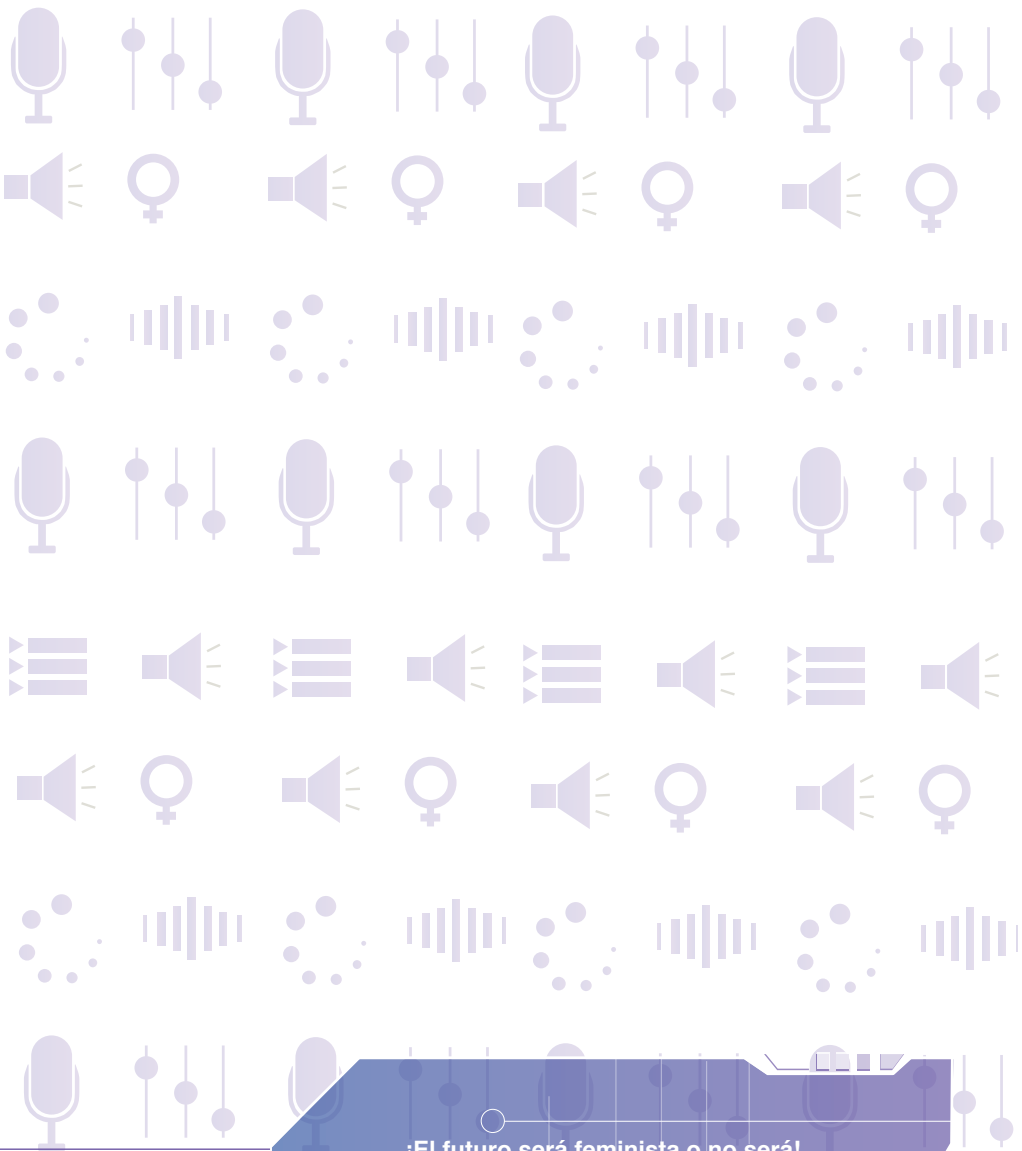
Distopia Feminista Vol.2

Esta obra está bajo una Licencia **Creative Commons**

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

<http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/> Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional](http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/).





¡El futuro será feminista o no será!





DISTOPÍA

Feminista

VOL. 2